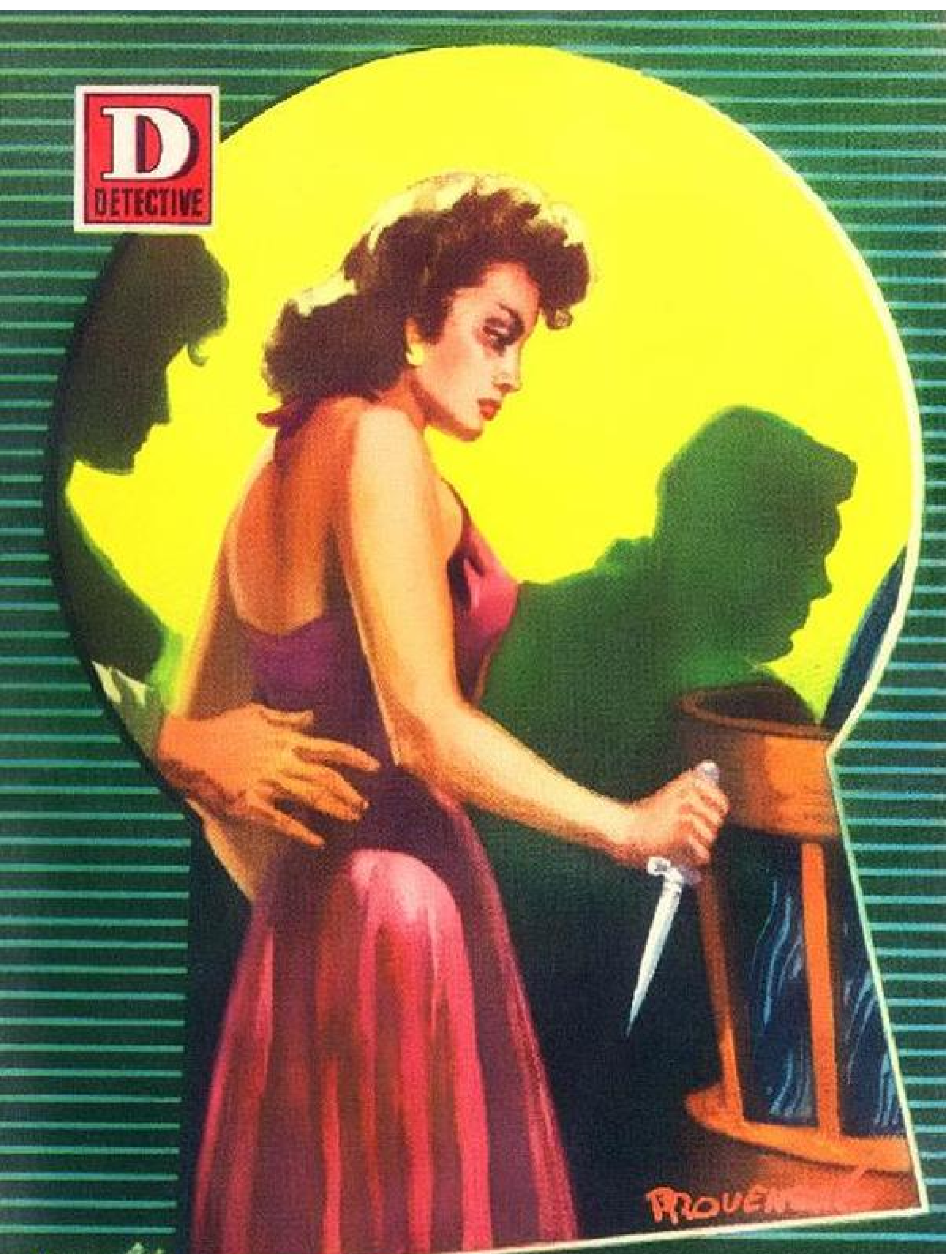


Arnold Briggs

LA GUILLOTINA PORTATIL

Ned Carleton pasó desde el diminuto cuarto de baño a su alcoba. Silbaba una tonadilla que oyera no sabía dónde. Pensó que había músicas que se retienen en el oído durante cierto tiempo y después se olvidan. Y vuelven a retenerse otras, fácilmente.

Le pasaba lo mismo con las mujeres.

Atrajo hacia sí el cajón de la cómoda, y sacó una automática de su funda de flexible cuero negro, que deslizó entre su camisa y el pantalón, al lado derecho del estómago.

Era zurdo.

Se miró complacido en el espejo al ajustarse las solapas de la americana azul.



Arnold Briggs

La guillotina portátil

Detective - 19

ePub r1.0

LDS 17.02.19

Título original: *THE PORTABLE GUILLOTINE*
Arnold Briggs, La guillotina portátil
Traducción: JUSTO ELIAS
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




La guillotina portatil
por
ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

Capítulo primero

Ned Carleton pasó desde el diminuto cuarto de baño a su alcoba. Silbaba una tonadilla que oyera no sabía dónde. Pensó que había músicas que se retienen en el oído durante cierto tiempo y después se olvidan. Y vuelven a retenerse otras, fácilmente.

Le pasaba lo mismo con las mujeres.

Atrajo hacia sí el cajón de la cómoda, y sacó una automática de su funda de flexible cuero negro, que deslizó entre su camisa y el pantalón, al lado derecho del estómago.

Era zurdo.

Se miró complacido en el espejo al ajustarse las solapas de la americana azul.

Alto y delgado. Un rostro enjuto, de grandes ojos pensativos. Cabellos castaño obscuro.

Como decía la escultora sueca, Elsa Strindberg, era «terciopelo forrando acero de espada».

Sus gestos eran ágiles y rápidos. Daba la impresión de ser indolente por lo general, pero varios podían afirmar que llegado el caso, era implacablemente eficaz.

El atardecer era tibio, y aspiró desde la ventana abierta, la especial y ligera bruma que el mes de mayo solía levantar del río, en la adorable y perversa ciudad de sus mil amores: Nueva Orleans.

A lo lejos, el gran disco del reloj del campanario, en el torreón de la iglesia francesa, marcaba las seis y cuarenta.

Ned Carleton comprobó su reloj pulsera. Iba exacto y también era la exactitud personificada Homer Caddox, el severo fiscal, renombrado por su tajante elocuencia.

A las siete en punto, Homer Caddox abandonaba su despacho particular, donde desde las cinco, no admitía visita alguna, para

sumergirse en el estudio de códigos, en busca de las máximas penas.

Un hombre metódico y organizado, pensó Ned Carleton, bajando las escaleras del pequeño hotel de la «Ville Neuve». Llegaría antes de las siete frente al jardincillo que daba acceso al domicilio y despacho particular del fiscal Caddox.

Instalado en pleno barrio francés, aunque todo tenía el sello francés superpuesto al español, en aquella hermosa ciudad, lánguida, enervante, y plena de intrigas románticas.

Ned Carleton había nacido en Indiana, pero creció en Nueva Orleans. No era un «yanqui» para los naturales de la ciudad luisiana.

En la calle «Bons Enfants» se alineaban a derecha e izquierda, las señoriales mansiones de los aristócratas del trabajo: médicos, abogados, ingenieros…

Ned Carleton miró su reloj. Las siete menos tres. Atravesó lentamente la calle, y maquinalmente palpó la parte derecha de su americana con la zurda.

Solía ser Marietta, la mulata ama de llaves, la que abría la puerta, y respetuosamente saludaba al señor Caddox que, con paso mesurado, se encaminaba hacia el Círculo de la Avenida Bourbon, muy frecuentado por la gente de curia.

Ned Carleton alzó el pestillo interior de la pequeña verja, y penetró en el jardincillo. Subió los cuatro peldaños de mármol y se inmovilizó bajo el porche, frente a la puerta.

Volvió a palpar su costado derecho.

Varios campanarios coincidieron en desgranar tintineos horarios. La puerta se abrió y tendiéndole su sombrero gris, la mulata Marietta iniciaba su saludo.

Homer Caddox, también alto y enjuto, no era como Carleton, atlético. Su flacura era nerviosa, pero dominaba perfectamente sus reacciones. Muy blanca la piel, era considerado un hombre hermoso por las mismas luisianas que juzgaban muy interesante a Ned Carleton.

—Buenas tardes, señor Caddox. Me dolería ser inoportuno.

—Buenas tardes, Carleton. Me disponía a dar mi paseo hasta el Círculo. Retírese, Marietta.

La mulata ama de llaves obedeció, pero mirando con reproche al que osaba ser el grano de arena en el perfecto engranaje del horario

del fiscal.

—Desearía que me recibiera en su despacho privado, para una consulta muy particular, señor Caddox.

—Estoy a su disposición, Carleton.

Entre los dos hombres no había mucho años de diferencia. El fiscal había cumplido recientemente los treinta y cinco, y Ned Carleton los treinta.

Pero las escasas veces que el fiscal se dignó hablar con Carleton, puso cortés empeño en demostrar que había una escala de diferencia entre ambos.

Fué Carleton el que cerró la puerta, y siguió al fiscal a través de un suntuoso vestíbulo, hasta penetrar en un despacho de severo y acogedor confort, porque la severidad del color y estilo no excluía el buen gusto y la comodidad.

Homer Caddox permaneció en pie, junto a la larga mesa de ébano. Ned Carleton no tuvo necesidad de desabrocharse la americana, para con la zurda extraer de su bolsillo derecho interior, un objeto.

Parecía una cajita rellenando un sobre.

—Quisiera que me diera su opinión legal sobre esto, señor Caddox —y también en pie, Carleton señaló lo que acababa de dejar en la mesa al alcance de la diestra del fiscal.

Homer Caddox, impasible, cogió el sobre y extrajo una placa de madera. La examinó, y leyó en el anverso del sobre, después de cerciorarse de que en el reverso no había la dirección del remitente:

«*Ned Carleton*. Hotel Carré».

Estaba escrito en forma especial. No eran letras de máquina de escribir, sino tipos de imprenta manual, como las de juguete.

—No vino por correo. Alguien, y no he podido averiguar quién, dejó esto a la hora de mi siesta, porque lo encontré, al despertar, sobre mi cómoda. Tengo la mala costumbre de no cerrar mis puertas ni ventanas. De ahora en adelante cambiaré esta costumbre, aunque me ase de calor. Es bonita esta labor, ¿verdad, señor Caddox?

El fiscal estaba mirando la placa de madera. Un cuchillo había vaciado partes de la blanda corteza de cerezo. Resaltaba perfectamente la intención del tallista.

El cestito del pie estaba bien acuchillado. Las dos espigas verticales, el redondel fatídico, la cuchilla en sesgo…

—Una guillotina, señor Caddox.

—Infantilmente cincelada.

—Soy caprichoso, señor Caddox. Me gusta su voz, bien timbrada, cálida… ¿Quiere leerme lo que ya he leído? Atrás… Han pegado sobre el dorso de la guillotina un papel y han estampado por líneas, con una imprenta de juguete, un curioso aviso.

El fiscal dio vuelta a la placa de madera y leyó en voz alta:

> «Los seis personajes que influyeron directamente en la sentencia de muerte de René Basil, examinen sus conciencias. Sólo tres fueron imparciales al juzgar al ejecutado. Los otros tres serán ejecutados».

Homer Caddox reintegró la placa de madera al sobre, y al devolverlo a Ned Carleton dijo secamente:

—La tendencia de las personas de mente débil origina acciones de tan mal gusto como ésta. Hay infantilidad en el procedimiento y en el remplazo.

—Lamento disentir, porque opino que este mensaje es alarmante.

—En mis once años de carrera he recibido numerosos anónimos, más o menos ingeniosos. También he recibido amenazas de muerte.

—Pero ésta le habrá hecho meditar, señor Caddox.

El fiscal alzó un poco el mentón. Era su gesto, cuando se disponía a apabullar a un testigo.

—Le agradecería meditase el contenido de sus frases, Carleton.

—Las he meditado más de una hora. Desde que me despertó hasta que he entrado en este despacho.

—En mi carrera, Carleton, nos acostumbramos a sopesar cada palabra. Ha dicho usted que esta infantil talla y su dorso, me han hecho meditar. Usted sabe perfectamente que en el caso Basil conseguí triunfar de las sinuosas y hábiles argumentaciones de Trenton, el defensor. Fuí, pues, parte principal e influyente en la obtención de la sentencia. Ahora bien, no debo examinar mi conciencia ni por un instante, por lo que respecta al caso Basil ni a

mis anteriores, y Dios, mediante, espero que seguiré diciendo lo mismo en los futuros casos.

—Pero usted ha recibido este mensaje, igual que yo.

—Cité antes la abundancia de anónimos que recibe un fiscal.

—Somos ya dos. Tampoco mi conciencia me reprocha nada. Oriénteme, señor Caddox. ¿Cuál es el deber de un ciudadano que recibe un anónimo de esta clase?

—Tirarlo al cesto… —Y el fiscal se interrumpió inconscientemente.

—¿Al cesto? Es también donde caen las cabezas guillotinadas.

—No sea truculento, Carleton. Existe también otra tesitura. Informar a la policía.

—En esto pensaba. Y precisamente en el comisario Hobert Cavalier.

—Un funcionario probo, eficiente y sagaz.

—Que personalmente detuvo a René Basil, lo interrogó y le hizo firmar el atestado de reconocimiento de culpa.

—¿Sugiere que el comisario Cavalier ha recibido otra placa?

—El escrito alude a los seis principales. Me incluyo después de usted, y antes que el comisario Cavalier. En realidad, fuí yo quien indujo con mis reportajes a despertar las sospechas sobre René Basil.

—¿Qué pretende, Carleton? ¿Otro de sus reportajes ruidosos?

—Lo que pretendo es cerciorarme de que hombres más sesudos y menos impresionables que yo, se ríen de esta guillotina de madera en miniatura. El comisario Cavalier ríe fácilmente. Usted no, señor Caddox.

—Nunca me han hecho gracia estas mezquinas manifestaciones de espíritus ruines, sin valor personal.

—¿Admite, pues, que no es un niño el autor de este anónimo?

Homer Caddox consultó su reloj de bolsillo, jugando unos instantes con la cadena de platino.

—Le ruego concrete la finalidad de su visita.

—Corríjame si me equivoco. Usted, yo y el comisario Cavalier, somos ya tres de los principales influyentes en la ejecución de Basil. Si este anónimo es una broma de mal gusto, tratemos de estirarle las orejas al autor. Podríamos reunimos los tres, y el juez Irving.

—¿Por qué también el señor Irving?

—Fué juez único, por instancia especial, que excluía al jurado.

—Me temo, Carleton, que si no atiendo su demanda, se lanzará usted a publicar caprichosas teorías.

—Es mi vocación, y a veces acierto, como en el caso Basil.

—No tengo inconveniente en invitar a cenar esta misma noche al señor Irving y al comisario Cavalier, si no tienen otro compromiso. Telefonearé al comisario y en cuanto al señor Irving le veré en el Círculo. A las nueve y media, Carleton. No es obligada la etiqueta.

—No se olvide de Dud Dupont.

Homer Caddox arqueó una ceja, mirando con su habitual severidad al periodista.

—Su patrón tiene muchos compromisos, Carleton.

—Pero fué él quien empezó la gran campaña de titulares contra el aristócrata decadente René Basil Escribió varios editoriales contra René Basil. No he hablado con mi patrón, pero estoy por afirmar que también ha recibido esta placa.

—El hecho de que usted y yo las hayamos recibido, no implica que los caballeros por usted citados, se encuentren en el mismo caso. Es más, empiezo a considerar indelicado invitar a cenar a los que, como yo, tienen plenamente tranquila su conciencia.

—Yo correré con el riesgo, señor Caddox. Mi delicadeza ha sufrido constantes altas y bajas en la opinión ajena. Podrá usted fiscalizar desde la cabecera del anfitrión, si mis suposiciones son indelicadas. No es preciso que aluda a este mensaje con el juez Irving. Y yo me encargo de telefonear al comisario y a mi patrón, diciéndoles que, a las nueve en punto, usted les invita a cenar. Saben que es usted devoto de la puntualidad.

—A su riesgo, Carleton. Buenas noches.

Ned Carleton no se dió por despedido.

—Los Basil son intelectuales complicados, Caddox. Sugiero la conveniencia de que lleve usted consigo un arma.

—Buenas noches, Carleton. Hasta las nueve y media.

—Buenas noches. No se moleste. Llegaré por mis propios medios hasta la calle.

Ned Carleton admitía que su frívolo temperamento era injusto al encontrar compendiada la antipática intolerancia en el fiscal Caddox. También él era, para Homer Caddox, la quintaesencia del

pecador impenitente.

El comisario Cavalier no estaba, pero el oficial de guardia aseguró, que sin falta se le trasmitiría la invitación a la cena en el domicilio de Caddox.

Ned Carleton marcó el número particular en que de siete a ocho, los lunes y viernes, infaliblemente, se hallaba Dudley Dupont, propietario del «Luisiana Life», el periódico de sucesos.

Una voz femenina, cariñosa, inquirió:

»—¿Quién llama?

—Ned Carleton, divina Cleo.

»—Es usted una impertinente criatura, Ned. El señor Dupont se enojará, y usted sabe perfectamente que no me gusta que me llame Cleo.

—Demuestro mi dedicación constante al trabajo, Cleo. Un buen colaborador ha de saber siempre dónde debe llamar a su jefe. Dígale a Dud, muy reservadamente, que, a las nueve y media, el señor Caddox nos ha invitado a él y a mí a cenar en su casa. Esta noche. Es imposible negarse. Y ya que hablamos de cena… ¿Cuándo nos zampamos mano a mano una cazuela de langostinos a la plancha, Cleopatra?

»—Su última pregunta, ¿he de transmitirla al señor Dupont?

—Comparto todos sus ideales, pero yo no tendría la fortaleza de exteriorizarlos sólo el lunes y el viernes, sino que…

Colgaron, y Ned Carleton también.

Silbando la melodía que le había inspirado la contemplación de la placa de cerezo, dejó de pensar en Ivette Dulac, «Cleo».

Volvió a sentarse en la terraza del gran café que merecía su nombre español de «Confluencia», porque en la grandiosa plaza Le Moyne terminaban, como radios hacia el centro, las arterias de los seis principales barrios de la ciudad.

¿Seis? Hasta entonces había dado con los cinco más lógicamente señalados por el extraño mensaje de la guillotina repujada: él mismo, que encontró la primera pista que llevaba a René Basil. El fiscal Caddox, que apabulló al defensor. El juez Irving, en cuya decisión estaba la vida o la muerte de René Basil. El patrón del periódico de sucesos, Dud Dupont, que desencadenó una virulenta campaña contra René Basil. El comisario Cavalieri, que detuvo personalmente al ajusticiado. Pero ¿y el sexto personaje que no

acudiría a la cena?

Bebiendo el pastoso aperitivo, rememoró todo el proceso de René Basil, desde que él encontró el primer indicio hasta que tres tardes antes, a las cinco en punto, bajo los pies de René Basil se abrió la trampa y su cuerpo quedó suspendido por el cuello.

CAPÍTULO II

A un lado de la mesa se sentaban el comisario Cavalier y Dudley Dupont. Los dos con sangre francesa, parisiense. Un poco adulterada en el comisario.

Frente a ellos dos, Ned Carleton.

Y a cada cabecera, los dos representantes de la magistratura legal: el juez Irving y el fiscal Caddox.

Estaban ya en los postres, y hasta entonces todo habían sido comentarios por completo ajenos al proceso Basil.

El anfitrión llevaba muy bien la conversación, y sólo una vez se truncó la fingida normalidad, cuando Caddox insinuó:

—No sea modesto, Carleton. Si quiere puede deleitarnos con sus anécdotas.

—Prefiero callarme hasta los licores y el cigarro, señor Caddox, porque entonces me despistaré, y habrá quien me llamará indelicado.

El comisario Robert Cavalier, grueso, sanguíneo, de modales apacibles, era considerado en los barrios bajos de la ciudad, «una peste».

Dudley Dupont, pequeño de estatura y vivaz de gestos, tenía en la redonda cara un sempiterno interrogante. Las gafas de grueso cerco negro, no ocultaban los perspicaces ojos de claro azul.

El juez Irving tenía a orgullo mantenerse esbelto y arrogante a sus cincuenta años. Su cara recordaba la de un patricio romano.

Marietta, ayudada por su hija, fue colocando las diversas copas, frascos y cajas de cigarros. Caddox indicó:

—Ya no la precisamos, Marietta. Puede retirarse. Buenas noches.

El comedor daba a una terraza posterior. La noche era agradable. Y Ned Carleton, al servirse licor de cerezas, decidió que

ya era hora de abandonar su forzada postura de hombre de mundo.

Su gesto provocó el silencio de los demás. Acababa de colocar, de pie sobre la mesa, la placa de madera sacada de su bolsillo.

—Ésta es la razón por la que he gozado de tan epicúrea cena, y no menos sibarita compañía. Con la autorización de nuestro inteligente anfitrión, voy a llevar a cabo un juego de sobremesa. Empezaré con usted, patrón.

Dudley Dupont exhaló una bocanada de su aromático habano. Replicó como un clásico luisiano en entretenida charla de sobremesa:

—He conocido muchos fenómenos de la naturaleza, y usted es uno de los más simpáticos, Ned.

—Gracias. Le diré lo mismo cuando me suba el sueldo. Esta tarjeta de visita llegó a mis manos de modo misterioso. ¿La suya cómo la recibió, patrón?

Dudley Dupont miró a los demás invitados. Carraspeó al posar los redondos ojos en la blanca ceniza.

—No sé dónde va a parar, Ned, pero me presto a su interviú. Esta tarde encontré un objeto semejante dentro de mi cartera de documentos, al disponerme a salir hacia las seis. Recuerdo perfectamente que a las dos no estaba en la cartera, pues tengo por costumbre dejarla en mi despacho de la planta baja.

—Y ha leído el mensaje. Sea poco periodista, patrón, y no hinche el pavo, ya que nuestros oyentes son cuervos como nosotros.

—Un momento, Carleton —y fué la primera intervención del comisario Cavalier—. A veces se le escapa la lengua. ¿Qué es eso de cuervos?

—El patrón y yo revoloteamos sobre cadáveres; usted, comisario, también, y el juez, así como el fiscal, tienden las negras alas de sus togas sobre el reo. Es preferible que lo diga aquí que publicarlo, y créanme que es un sacrificio. Me encantaba el título: «Cena de cuervos». «Anoche, en la elegante mansión del epicúreo soltero, nuestro genial Catón…».

—Juventud, divino tesoro —recitó el juez Irving—. Hemos de tolerar impertinencias, señores. Prosiga, Ned.

—Gracias por su absolución, juez Irving. Estaba diciendo, patrón, que usted leyó el mensaje. Alude a seis personas, y tres conciencias. Su conciencia siempre es cristalina, patrón. Como todas

las demás. Pero ¿y el sexto que no está aquí, quién puede ser?

—Lo ignoro, Ned.

—¿Quién ha enviado esta guillotina folletinesca, patrón?

—Lo ignoro, Ned.

—Pase por caja, y que le descuenten un mes. En mi periódico no puedo dar asilo a ineptos incapaces de acertar la hora exacta del gran incendio.

—Se cree gracioso, señores. Es su manía —dijo, indulgente, Dupont.

Ned Carleton se levantó. Parecía ir a brindar, mirando al juez Irving.

—No me busco benevolencias futuras, si algún día me siento en el banquillo del reo, juez Irving. Es con toda la sinceridad que pueda quedar en mi escéptica alma, que le declaro probo, honesto y casi canonizable. No puedo atreverme a interrogarle, juez Irving.

—Hágalo, muchacho.

—Gracias. ¿Recibió una tarjeta semejante?

—Ayer noche la encontré sobre mi mesita de lectura, en mi alcoba. Lo consideré truculencia desagradable de una mente novelesca, ignoro quién pudo mandarla ni cómo, así como también ignoro a quién puede aludirse en sexto lugar.

—Gracias, juez Irving. ¿Cuándo recibió esta tarjeta, Caddox?

—Esta mañana la encontré en mi despacho oficial. Sobre la mesa. Interrogué a Melvin Garnach, mi ayudante, que ignoraba cómo pudo haber llegado hasta mi mesa aquel envoltorio. No le enseñé su contenido, porque Garnach adolece como usted, Carleton, de una imaginación exuberante. Y al igual que el señor Irving, declaro no tener la menor noción de quién es el autor del anónimo, aunque le juzgo un tosco artista.

Ned Carleton miró ahora al comisario Cavalier.

—Yo no he recibido placa ninguna, y juzgo estúpida su actitud, Ned Carleton.

—Entonces lea el mensaje, comisario, y diga si soy un cuervo que grazna estúpidamente.

El señor Dupont tuvo la amabilidad de visitarme, y le afirmé mi opinión de que se trataba de una amenaza propia de cualquier mujerzuela del «Vieux Quartier».

—Hasta que uno de nosotros no esté en el ataúd, no me darán la

razón. Sostengo que esto va en serio.

—Por mí, puedo decir que prefiero pasear por la terraza —dijo el fiscal, levantándose—. ¿Me honra con su compañía, señor Irving?

El juez asintió levantándose. Los dos se dirigieron a la terraza, y fueron a sentarse en un banco distante lo suficiente para no oír ni ser oídos.

—Yo no le soy simpático, comisario —dijo Ned Carleton tras una pausa de silencio.

—Y los dos sabemos por qué, Carleton.

—Vamos, vamos —sonrió Dupont—. Siempre las dichosas faldas de por medio. Prefiero quedarme a oírles.

—No se inquiete, señor Dupont. El día en que yo me decida a cometer alguna violencia contra su periodista mimado, la ley me asistirá y la conciencia. Este joven caballerete dará fatalmente un tropiezo. Tiene relaciones de toda clase, y tropezará.

—Puede irse a la terraza, patrón. Es el sitio de los caballeros serios. Déjenos al comisario y a mí, porque está ardiendo por hablarme privadamente.

Dudley Dupont se levantó, encogiéndose de hombros.

El comisario Cavalier se escanció «anisette».

—Hay quien ha comparado la ciudad a una «ése». Tortuosa, serpentina, ondulante… Y hay mujerzuelas en el «Vieux Quartier» que emplean la misma comparación con usted, comisario.

—La baba de los sapos nunca mancha.

—Usted, siempre apacible, se acalora conmigo, comisario.

—Será la cena. A veces se cree usted demasiado importante.

—¿Es lícito que todo un comisario dedicado a la afanosa caza de la verdad, mienta?

—Creo que no negué que me era usted insoportable.

—Esto ya es sabido. Me refiero a que usted afirmó no haber recibido placa.

—Salvo si es usted el que las envía, nadie más que yo estoy en condiciones de saber si he recibido o no esta majadería.

—No es creación mía. No pienso facilitarme un reportaje, y ojalá me equivoque al dar importancia a este truculento modo de amenazar de muerte a tres de nosotros, cuya conciencia esté poco tranquila.

—Si es católico, confiésese, Ned Carleton, porque me temo que

su conciencia no esté muy blanca.

—Apártate, le dijo la sartén al cazo. Yo esperaba encontrar colaboración en usted, el técnico. Por ejemplo, que me dijera que sólo alguien que quería mucho a René Basil pudo haber imaginado esta manera de sentenciar.

—No hace falta que se lo diga, puesto que ya pensó en ello. Haga la lista.

Hablaban los dos en tono indiferente pero latente una oculta tensión, mirándose con hostil sarcasmo.

—Encabeza la lista la señora Basil, que como toda madre es incapaz de admitir que su hijo fuera un asesino. Y este mensaje con su guillotina, tiene algo de femenino…

—O de alguien muy ducho en mentalidades femeninas, como usted.

—Gracias, comisario, pero tampoco usted es manco. Y dando por seguro que somos un par de sospechosos…

—Singularice, Carleton. Sólo usted, con deseos de asustar o de forjarse un reportaje sensacionalista, podría haber imaginado este medio.

—Sin valor, si uno de nosotros no muere. La segunda persona en la lista es Nina Basil. Hermosa, fascinante, seductora, todos los epítetos encomiásticos que intenten describir su indescriptible atracción son pálidos, ¿verdad, comisario?

Robert Cavalier pareció mirar a través de la ceniza de su habano.

—Su pregunta es insinuante, Carleton. En efecto, me gusta mucho Nina Basil. ¿Quién más anota en su lista?

—Pongamos ahora dos interrogantes sobre otros dos nombres femeninos: uno, Joan, el amor serio desde el punto de vista social, o sea la novia formal de René Basil. Otro, la pasión, la novia que como el fruto prohibido…

Se interrumpió Carleton, porque de la terraza regresaban Caddox, Irving y Dupont, con Edgar Trenton.

Edgar Trenton, el famoso criminalista, abogado defensor en el caso de René Basil, al que no pudo evitar la ejecución, saludó en silencio al periodista y al comisario.

Fué Caddox el que expuso:

—No son necesarias más cábalas acerca de la sexta persona

aludida en las placas de madera. El señor Trenton acaba de comunicarnos que ha recibido también de modo anónimo, un mensaje idéntico al nuestro. He preferido que exponga ante usted, comisario, sus deducciones.

Edgar Trenton, imitó maquinalmente a los demás, que se habían ido sentando en torno a la mesa.

Y parecía inquieto, contrariamente a los otros cinco comensales. Y como tardaba en hablar, dijo el comisario Cavalier:

—Estos absurdos anónimos adquieren matices de incoherencia, puesto que usted, si ha recibido uno, es el menos indicado para ser amenazado, ya que defendió brillantemente a René Basil, e hizo cuanto pudo por salvarle.

Edgar Trenton extrajo del bolsillo de su chaqueta otro sobre idéntico a los recibidos por los demás. Lo colocó sobre la mesa.

Intervino Carleton:

—Si es una amenaza real, puede que el remitente considere como testigos a tres de nosotros… si alguno de los otros tres muere. Y no se ofenda nadie, si considero casi a salvo al juez Irving en primer lugar, y en segundo a usted, Trenton.

—Yo juré a la señora Basil, y a su hija, que salvaría a René.

—Y no lo logreó, pero hizo cuanto pudo, Trenton. Además estamos hablando como crédulos negros. Recapacitemos, señores. Yo, personalmente, no le concedo valor a estos anónimos. No soy como Carleton, que persiste en considerar la vida como una extravagante película de sucesos novelescos. Como funcionario de policía, he asistido a los lógicos desenlaces de estos casos. El humorista de mal gusto abunda… y más en Luisiana. Si realmente alguno de nosotros tuviera la menor culpa de parcialidad en el caso Basil, no recibiría un mensaje tan anormal. Todos nosotros hicimos lo que debíamos hacer. ¿Por qué me mira con supuesta ironía, Carleton?

—Me doy cuenta, comisario, que más que argüir para nosotros, intenta convencerse a sí mismo.

—Es la segunda vez que pretende achacarme una turbiedad que…

—Por favor, comisario —intervino Caddox—. Dejemos aparte personales rencillas. Creo que lo único razonable es, cuanto antes, encontrar al remitente de estos absurdos mensajes.

—Eso es —declaró el juez Irving, poniéndose en pie—. Señores, buenas noches. ¿Viene conmigo, Dupont?

El dueño del «Luisiana Life» acogió la invitación con apresurado alivio.

Fué a acompañarles Caddox.

Edgar Trenton susurró:

—Encuentre pronto a la que envió esto, Cavalier.

—¿La qué…? ¿Cómo deduce que el remitente es del sexo femenino?

—La madre y la hermana de Basil le querían con locura. Son damas de mentalidad complicada. Pudieran tenerme odio, por no haber podido salvar al que juré…

Se calló Trenton, levantándose. Era evidente que estaba inquieto, y cuando salió con Caddox, comentó Cavalier:

—Al parecer, estos mensajes han desquiciado el sentido común a uno de los seis. Al que menos debieran inquietar, ya que fué el defensor de Basil. No abusaré más de la hospitalidad de Caddox. ¿Viene conmigo, Carleton?

—Hay invitaciones inaplazables, comisario.

Caddox, en la puerta, acababa de estrechar la mano del abogado defensor, que desapareció casi corriendo hacia su coche.

—¿Se van, señores? —inquirió Caddox, como sorprendido.

—He de atender su requerimiento, señor Caddox —dijo el comisario—. Me pondré en el acto a investigar sobre la personalidad posible del remitente. Gracias por su delicada demostración de dominio gastronómico, señor Caddox.

—Lo mismo digo —aseguró el periodista.

Comisario y periodista anduvieron en silencio unos minutos. La noche era plácida, estrellada, con agradable frescor. Al término sur de la avenida Bons Enfants, paseo que corría paralelo al río.

Robert Cavalier fué a detenerse en el pequeño muro, desde el que pareció contemplar el rielante curso del agua.

—Entonces, según usted, Carleton, ha de buscarse entre cuatro mujeres al posible remitente. La señora madre de René Basil, la hermana de éste, la novia y la amante. Por cierto, que la identidad de la secreta amante del sentenciado, sigue siendo indescifrable. Pero usted es conocedor de muchos secretos de alcoba, Carleton.

—Fué como nos conocimos, comisario.

Robert Cavalier se quitó el blanco sombrero, y se abanicó.

—Es a veces un poco excesivo en su ironía, Carleton. Y no le conviene enemistarse conmigo.

—Ni a usted tampoco. Yo por oficio soy chismoso, y por vocación, discreto. Ha de agradecer mi vocación, comisario.

Por un instante adquirió Cavalier la dureza de rostro que le hacía ser apodado «la peste» entre los maleantes de Nueva Orleans.

Ned Carleton retrocedió un paso, porque tenía experiencia en adivinar cuándo un hombre iba a arremeter violentamente.

Pero Cavalier logró recoger de nuevo las riendas de su íntima exasperación.

—Abusa un poco, ¿no cree, Carleton? El hecho de que me sorprendiera usted en compañía de la novia de un detenido, no significa nada.

—En absoluto, nada en absoluto. Salvo que al día siguiente de aquel encuentro nuestro, involuntario por su parte y muy voluntario por la mía, el detenido salía libre… y era culpable, pero su novia era muy guapa.

—¡Dios! Creo que he de irme… Resultaría desagradable romperle la cara, Carleton. Lo dejaré para mejor ocasión. Buenas noches.

Ned Carleton se quedó muy satisfecho. Le era profundamente antipático el venal y poco escrupuloso comisario Robert Cavalier.

Se sentó en uno de los bancos del poco concurrido paseo. Indudablemente, descartando a un bromista de pésimo gusto, sólo podía hallarse entre cuatro personas al autor de la guillotina tallada sobre una placa de madera de cerezo: la señora Basil, Nina Basil, Joan Lorraine y…

Se puso en pie, intrigado. Necesitaba andar cuando una confusa intuición germinaba en su cerebro.

Si le hubieran preguntado por qué apenas hubo releído despaciosamente las líneas impresas tras la talla representando una guillotina se sintió en peligro, sin ser un impresionable ni un cobarde, y deslizó entre el cinto del pantalón y su estómago una pistola, sólo habría sabido argumentar que tenía el pleno convencimiento de que la amenaza podía tener aspecto de folletinesca, pero era siniestramente sincera.

No se juzgaba culpable de parcialidad, pero era indudable que

fué él quien «levantó la liebre».

Se detuvo dominando un pequeño escalofrío.

La figura femenina, vestida de negro, cuyo blanco rostro le estaba mirando con fijeza desde la pequeña rotonda sobre el río, le hubiera resultado agradable en pleno día y en lugar concurrido.

Pero allí, a aquella hora, Nina Basil parecía la viva y hermosa imagen del rencor, del desprecio y… de la inminente venganza.

CAPÍTULO III

Ned Carleton estaba conceptuado como un materialista cínico y desprovisto de complejos de timidez. Sin embargo, permaneció unos instantes cohibido ante la que, al fondo de la rotonda, reclinándose contra el blanco muro a media altura de su esbelto cuerpo, seguía clavándole la verde luminosidad de los almendrados ojos.

En diez años de profesión, Ned Carleton había adquirido cierto dominio del difícil arte de leer en las miradas menos elocuentes. No había la menor dificultad en interpretar el significado de las felinas pupilas de Nina Basil, cuyo luto no obstaba, sino que acentuaba aún más, su poderosa feminidad.

Ned Carleton avanzó al interior del círculo mirador, no porque se sintiera invitado, sino porque estimaba una humillante cobardía seguir de largo.

Al distar dos pasos, inició una casi reverencia. Le sobraban siempre palabras y descaro, pero ahora sólo supo decir:

—No debería estar sola por aquí, señorita Basil.

Nina Basil hundió aún más las manos en su negro chaquetón. Resultaba hiriente su modo de mirar.

—Comprendo perfectamente que no me tenga mucha estima, señorita Basil, y me duele.

El temblor que hacía más saliente la pequeña pero carnosa boca femenina, disminuyó.

Era curioso que en momentos molestos, y abundaban en la existencia de Carleton, éste se fijara en detalles absurdos. Lo era fijarse en el adorno de la boina negra que cubría en parte los sedosos cabellos rubios.

Un adorno en forma de largo estilete plateado. ¿Plexiglás o acero?

—Si no espera a nadie, y acepta que le busque un coche…

—Quería hablar con Edgar Trenton, y me dijeron que había ido a casa del fiscal Caddox. Esperé, y vi salir al juez Irving y a Dud Dupont. Después a Trenton, y casi al instante usted salió con Cavalier. Le estaba esperando a usted, Carleton.

—Casi celebro la ocasión que me ofrece, señorita Basil, para intentar si no su perdón, merecer su ecuanimidad. Es doloroso haber perdido a un hermano, pero… No sé cómo explicárselo.

—Dígalo, porque iba usted a añadir que René era un asesino.

—Francamente, nada repararemos hiriéndonos mutuamente.

—¿En qué le hiero, Carleton?

—Su mirada está diciéndolo. No me considero un santo varón, pero no soy tan despreciable como sugieren sus ojos, señorita Basil.

—Usted sabrá si está en paz con su conciencia.

—Perdón… Hay cierto mensaje que alude a la conciencia de seis personas. Precisamente cinco, las que ha visto salir del domicilio de Caddox, sexto destinatario del extraño mensaje.

—Ignoro de qué mensaje se trata, pero al aludir a su conciencia, he de pensar en dos posibilidades. O carece usted de conciencia, o es muy acomodaticia.

—El sitio no es el más indicado para…

—¿Por qué no? Es discreto, pero queda usted muy libre de irse.

—Vine sin que usted me llamara.

—Exactamente igual a lo que hizo en el Maurepas.

—Perdón… En el lago Maurepas, una cuarentona llamada Liana murió.

—Cierto, muy cierto, señor Carleton. Y las pesquisas estaban ya terminadas. Pero usted a quien nadie llamaba, fué al lago Maurepas.

—Fuí, en efecto. Me enviaba el periódico. Tenía que procurarme más datos sobre el asesino. Un verdadero depravado, borrachín, gandul, el mestizo Milú Praviel, cuyo cuerpo apuñalado fué hallado en la cabaña de Liana, sosteniendo aún el látigo ensangrentado que había dado brutal y sádica muerte a la hermosísima Liana. También la diestra de Liana empuñaba el cuchillo. Todo estaba clarísimo. Milú Praviel, en una de sus habituales embriagueces orgiásticas, intentó forzar la relativa virtud de Liana, y la cuarterona, casi a punto de muerte, encontró fuerzas postreras y apuñaló a su

verdugo.

—Eran dos seres indignos.

—Dos vidas humanas.

—Usted no es un policía. Carleton.

—Ni actué como tal. Usted lo considerará mala suerte desde su punto de vista familiar, pero si yo, entrando en sospechas, conduje nuevas pesquisas orientándolas hacia René Basil, nada puede reprocharme la conciencia.

—Su sagacidad, su maravillosa inteligencia, su portentosa habilidad al orientar, como dice, las nuevas pesquisas, no devolvieron la vida a Liana ni al mestizo.

—Escuche bien. Nina… Ya de por sí, matar a latigazos una mujer no puede inspirarme simpatía. Pero si, además, el latiguero mata a un pobre degenerado para hacer creer que fué éste quien destrozó un hermoso cuerpo… que Dios perdone a René Basil, pero no odie usted indebidamente a un hombre como yo, qué por determinadas circunstancias, pudo demostrar a la policía que se había equivocado al dar por conclusa la investigación sobre el doble asesinato del lago Maurepas.

—Estas circunstancias a que alude les doy yo otro nombre. Un hombre inmoral, cínico y sin escrúpulos como usted, con relaciones entre las peores mujeres de la ciudad…, sólo un hombre como usted…

—… Pudo averiguar por una casual frase de una de estas peores mujeres de Nueva Orleans, que René Basil había visto varias veces el amanecer desde la cabaña de Liana. Y la misma noche… René Basil no supo dar la coartada de su presencia en las horas en que murieron Liana y Milú, en sitio lejano de la cabaña de Maurepas. Quedó terminantemente demostrada su culpabilidad, señorita Basil. El juez Irving y el defensor, Trenton, dieron toda clase de facilidades a René Basil. Sólo sirvió para que el acusado acumulara mentira sobre mentira Es triste… pero no debe odiarme a mí. ¿Qué debía yo hacer?

—Abstenerse, y dejar que cada cual cumpla con su oficio. Y ahora que sabe ya que le desprecio profundamente… ¿tiene la bondad de librarme de su presencia?

—Es una lástima que le merezca tan bajo concepto. De todos modos persisto en que a esta hora no debe permanecer a solas en

sitio como éste, apartado.

—Puede enviarme un coche, si lo encuentra. Y… váyase de Nueva Orleans… Váyase.

Ned Carleton renunció a seguir defendiendo su intervención decisiva en el caso del lago Maurepas.

Dio media vuelta, tras saludar en rápida inclinación de cabeza, y se dispuso a salir en busca de un taxi o cualquier coche de caballos.

No asimiló si fué un reflejo lunar que agigantó una sombra tras él, o un impulso instintivo, pero su brazo zurdo actuó providencialmente.

Antes de girar sobre sí mismo, proyectó en brusco empujón el brazo izquierdo rectamente. Sintió un agudo pinchazo aguijoneando la carne de su antebrazo, pero la acerada punta que iba a clavarse en su nuca, la encontró al desviar él su cuerpo.

Y el mismo brazo que ahora tenía clavado el adorno que antes lucía la boina de Nina Basil, lanzó brutalmente al suelo a la frustrada agresora.

Ella quedó de costado, gimiendo débilmente.

Ned Carleton, lívido, apretando los dientes, asió el estrecho mango plateado, y tiró hacia arriba. Sacudió la cabeza con vigor, para despejar el repentino anublamiento que desdibujaba los contornos de la rotonda.

La americana apenas tenía un rasguño, al igual que la camisa, pero la sangre fluía generosamente. Se inclinó para quitar poco galantemente del cuello de la medio desvanecida el fular de lanilla, y torpemente, con la diestra, rodeó en prietas vueltas el antebrazo herido.

Miró el extremo plateado que ahora sobresalía del bolsillo superior de su americana.

Nina Basil se incorporaba, y retrocediendo, tambaleándose, volvió a reclinarse del mismo modo y en el mismo lugar en que la vió Ned Carleton al pasar por delante de la rotonda propicia a los enamorados.

Ned Carleton también se reclinó, porque lo necesitaba, pero contra una de las dos columnas que formaban umbral.

—Por suerte, nadie ha pasado en el momento inoportuno. Nina Quedará entre usted y yo, pero no repita la intentona.

—¿Debo… debo darle… las gracias?

—Debe recordar una de sus frases. Matarme a mí no devolvería la vida a René. Además… yo, un depravado cínico materialista, no valgo la pena de que usted se pierda. Para mí sólo quedará un mal recuerdo y una pequeña señal. Para usted, tal vez la moraleja de que no puede enmendarse con sangre lo que la justicia humana ya ha decidido. Buenas noches, Nina.

—Es también su obligación ir ahora a avisar al comisario Cavalier.

Ned Carleton que se disponía a marchar, dió otra media vuelta brusca. Se sostenía el antebrazo izquierdo, y estaba más lívido, mientras respirando con cierta dificultad, entornó los párpados, mirando a Nina Basil.

—Mi obligación sería darle una zurra. Sabe usted apuñalar mejor con la lengua que con el acero. Ande, señorita Basil, salga usted de aquí y lárguese. Puedo perdonar a una hermana cariñosa, pero no a una insensata señorita que se olvida de que lo es. ¿No quiere hacerme caso, niña? ¿Olvida que soy un depravado repulsivo? Tal vez como castigo a su majadería, le convendrá más que una zurra, un largo beso sabroso… para mí.

Nina Basil erguida la cabeza abandonó la rotonda. Ned Carleton permaneció unos minutos en el interior.

No tenía el menor deseo de sonreír irónicamente, como era su recurso en los casos desagradables. Había instantes que aun contra su voluntad, la existencia era trágica.

Se encorvó rápidamente al oír chirriar unos frenos, y fué recuperando la normal verticalidad al divisar el taxi, cuyo chofer agitaba la mano en invitación.

Ned Carleton estimó que un buen trago y dedicar atenciones a su antebrazo, eran dos sensatas y apremiantes necesidades.



Esta noche, Dudley Dupont ha sido degollado.

Pisó el estribo y permaneció un instante inmóvil. Nina Basil sentada al fondo, murmuró:

—Le dejaré en un Hotel.

Acabó de entrar Carleton, y mientras se sentaba, el chofer cerró la puerta.

—Yo a usted en su casa, Nina. Por las buenas, soy de una blandura sorprendente.

El chofer, pacientemente, esperaba.

—Creo que primero debería usted curarse.

—Lo estoy, porque ya no me desprecia tanto, Nina.

—Yo… vuelvo a decirle, que se vaya de la ciudad. Váyase.

—No puedo. El dulce veneno luisiano que rezuma Nueva Orleans, me ha embrujado.

—«Maison Basil» —dijo ella al chofer.

Una casa que fué espléndida y lujosa medio siglo antes, en la parte saneada del «bayú», la pantanosa tierra surcada por los innumerables arroyuelos del Mississippi, al exterior oeste de la capital.

El chofer fué conduciendo sin prisas. Era un luisiano, y muy propenso a sentir debilidad por los ajenos amores. Se limitó a pensar que si bien era poco corriente que una dama fuera en busca de un taxi para su galán, tampoco era vulgar Nina Basil, cuya fotografía habían reproducido los periódicos.

—¿Está seguro de que no se desangra?

—Plenamente convencido, Nina. ¿Ve como es una niña absurda? Me espera con intención poco caritativa, y ahora se preocupa.

—Creo que le juzgué mal, aunque sigo odiándole.

—No se lo reprocho. Pero ¿por qué insiste tanto en que abandone la ciudad?

—René… era muy querido.

—Lo sé. Pero la señora Doris no me puede odiar. No era un asunto personal contra su hijo.

—Mi madre le desprecia, señor Carleton.

—Pero no se manchará intentando eliminarme. ¿Por qué pues he de irme?

—Joan Lorraine era muy feliz pensando en casarse con René.

—El mestizo Praviel también se emborracha proclamando que sería muy feliz cuando se casase con Liana.

—Es muy distinto.

—¿Sí? ¿Porque Joan Lorraine es una señorita? ¿Y porque René Basil era un luisiano aristócrata? Escuche bien, Nina… Sé sobradamente que es un mito eso de que todos somos iguales, porque hay jorobados y tuertos. Pero por suerte hay un lugar donde todos somos iguales, y no aludo al asiento agujereado que empleaba Napoleón, sino el banquillo que da frente a la mesa del tribunal

donde actúa el juez Irving. ¡Eh, chofer, parando!

El chofer atendió la imperiosa llamada en el cristal de separación. Carleton, con la diestra en la manilla de la puerta, miró un instante en silencio a Nina Basil.

—Adiós, señorita Basil. Nunca podríamos ser amigos. Y lo siento.

Descendió, y mirando alejarse el taxi hacia el «bayú» oeste, susurró:

—Comprendo muy bien que Edgar Trenton y Robert Cavalier estén tan enamorados de esta preciosidad… ¡Al diablo con todo! A lo tuyo, hombre cínico. Sólo las peores mujerzuelas de Nueva Orleans, saben todo lo inmensa y profundamente romántico que eres. Lo malo es que lo disimulas demasiado. ¿Un trago «Chez Dedé»? No, no… Debes ir empezando a pensar en tu mala reputación, ¿o es tarde ya?

Se encaminó hacia su alojamiento, que distaba unos quince minutos. Subió a su habitación, y en el cuarto de baño atendió su herida. Poco importante, porque había atravesado la parte carnosa. Dolía, pero salvo la pérdida de sangre, no habría consecuencias.

Se tendió boca arriba en la cama, tras cerciorarse de que ventanas y puertas eran inviolables desde el exterior, sin ruido. Al lado del pie de la lamparita, sobre el mármol de la mesita, colocó su automática.

El teléfono repiqueteó. Lo descolgó para hundir la boquilla a un lado de la almohada.

—¡Al diablo con el trabajo, Dud! Esta noche siento la inmensa fatiga de ser el cínico materialista. Sigue gritando, Dud, que no, me entero. Estoy viendo aquella rotonda bajo otra luz. Sólo lunar y tibia. Ella diciéndome que ha adivinado mi verdadera alma, y yo arrodillado besando sus manos… No, eres demasiado pudoroso, y por esto te consideran un depravado sinvergüenza, Ned.

Levantó el aparato, volviendo a ahorquillarlo. Apenas lo hizo, el timbre volvió a insistir y, a la vez, alguien llamaba en su puerta.

Descolgó para gruñir:

—Quiero dormir, patrón. Hoy es para mí noche de fiesta.

La voz obsequiosa del gerente notificó:

»—El señor Melvin Garnach desea verle con urgencia.

Ned Carleton saltó de la cama y fue a abrir. Entró Melvin

Garnach, miembro de la oficina del fiscal público y secretario particular del mismo.

Pequeño, magro, era todo dinamismo. Anunció a bocajarro:

—Vístase pronto, Carleton. Ha sido asesinado Dudley Dupont.

CAPÍTULO IV

Ned Carleton se vistió muy de prisa, pese a su brazo adormecido. Fué inútil su interrogatorio, porque Melvin Garnach replicó pacientemente con reiterada viveza:

—El señor Caddox me ha prohibido terminantemente la menor respuesta.

En el coche oficial, insistió Carleton:

—Dígame al menos si saben ya quién mató al pobre Dud… y cómo.

—El señor Caddox me ha prohibido terminantemente la…

—¿Usted es un disco rayado o un ser humano? Dudley Dupont es mi patrón. Es un hombre bonachón y sin maldad.

—Era.

El coche sé detuvo ante el domicilio de Homer Caddox. En el salón se reunían el juez Irving, el abogado defensor Trenton, el comisario Cavalier, y Caddox ordenó:

—Espere fuera, Garnach. Y cuide de que nadie nos interrumpa.

El ayudante del fiscal obedeció al instante. Era sabido en Nueva Orleans que Melvin Garnach idolatraba al fiscal.

Ned Carleton no pudo sentarse como los otros cuatro. Se impacientó:

—Dudley Dupont abandonó esta misma casa alrededor de las once. Muy saludable, optimista y en la inmejorable compañía del juez Irving.

—Usted habla, comisario.

Robert Cavalier no miró al periodista, sino a una libreta que sostenía abierta entre sus gruesas y macizas manos:

—A las once y dos, el juez Irving se separa de Dupont. A las once y cuarto, la señora Dupont, el mayordomo y el ama de llaves

reciben a Dupont, que permanece en el vestíbulo solo. El mayordomo, el ama de llaves y la señora Dupont, en la cocina, donde la señora les da instrucciones. Oyen un ruido metálico, como el producido por una plancha de hierro chocando de canto…, así declara la señora Dupont…, y salen hacia el vestíbulo, donde encuentran en el suelo a Dudley Dupont. El mayordomo afirma que eran las once y veintidós minutos, exactamente, cuando salieron al vestíbulo. Las criadas estaban en sus habitaciones, y no hay contradicción ni titubeo en sus declaraciones.

—¡Por todos los demonios abismales, Cavalier! —gritó Carleton—. ¿Cómo se produjo la muerte de Dupont?

—La cabeza separada del cuerpo, limpiamente decapitada. El forense no puede precisar el arma causante de la decapitación, que no fue hallada. Expone científicamente su opinión de que era imposible pensar en un cuchillo, que hubiera chocado con los huesos vertebrales o los habría destrozado. Aparecen cortados limpiamente como en las ejecuciones con hacha… o con guillotina.

—Sensatez, comisario —reprochó secamente el fiscal Caddox—. Una guillotina es difícilmente transportable, y el asesino tuvo, según el comprobado horario, unos siete minutos para su nefasta actuación.

—Me limito a resumir las consideraciones del forense. No hay por ahora la menor huella, salvo la sangre de Dupont. Nada ha rozado muebles ni alfombras ni cerrojos, y en la casa sólo estaban los ya citados. La hipótesis que parece más razonable es atenerse al dictamen forense, de muerte producida por instrumento semicircular, extremadamente afilado, manejado por hombre de poderosa fortaleza, o mediante sistema de «couperet», es decir, la caída desde alto sobre un cuello inclinado, de un tajo pesado, deteniéndose contra un reborde que frena su total caída.

Cerró Cavalier su libreta. Ahora miró al periodista.

—Parece confirmarse su convencimiento de que los anónimos no eran obra de ociosos bromistas, Carleton. Usted conocía perfectamente a su patrón. Puede indicarnos los que tuvieran motivos para matarle.

—A nadie hacía daño el pobre hombre.

—Entonces, estima usted que debemos circunscribir las primeras pesquisas ateniéndonos a los posibles autores de los seis mensajes

anónimos, ¿no es así?

—Usted es quien lo ha de saber. Hasta el juez Irving, ponderado y de serenidad probada, parece moralmente apabullado. Yo apreciaba mucho a Dudley Dupont… Todos le apreciaban.

—Menos los Basil, y quienes hubieran amado a René Basil —dijo apaciblemente el comisario Cavalier.

—La señora Doris Basil, al igual que Nina, son incapaces material y moralmente de tal procedimiento —rebatió Caddox.

—Materialmente, uno de sus fieles criados pudo transportar el instrumento de muerte. Moralmente…, existen indicios de que madre y hermana querían con locura al ajusticiado.

—Pero, comisario Cavalier, suponiendo que las Basil desearan vengar injustamente la muerte de René Basil, admito que locamente disparasen o apuñalasen, pero no proyectarían un medio vengativo tan siniestramente.

—Señor Irving, con todo el respeto para su mayor experiencia, he de decirle que las mentes femeninas son las que crean los delitos más complicadamente refinados.

—¿En qué perjudicó Dudley Dupont a René Basil? —inquirió nerviosamente el abogado Trenton.

—No me lo pregunte a mí, Trenton. Que yo sepa, Dupont se limitó a lanzar editoriales acusatorias y peticiones de severa justicia.

—Encarnizadamente, Carleton —comentó Cavalier—. No me agrada pensar en la señora Basil y su hija como posibles autoras de la muerte de Dupont, al parecer… guillotinado inexplicablemente. Pero quedan otras dos mujeres que adoraban a René Basil.

—Su prometida Joan Lorraine es un ángel —arguyó Caddox.

—El demonio antes de serlo fue arcángel. Y queda la cuarta mujer. El amor impuro y antisocial de René Basil. Su amante, cuya identidad desconocemos, pero cuya existencia era un hecho, puesto que Ned Carleton la conoce.

—Yo no la conozco, comisario. Digo, como todo el mundo, que durante el proceso se comentó que René se había jactado de poseer la más deliciosa «maitresse» de Nueva Orleans anteriormente a su detención, sin nunca citar su nombre. Persistió en la misma actitud de silencio, bizarra y enigmática, si bien admitió que pasaba horas en determinada compañía y que revelar aquella identidad de nada

serviría. Y murió sin haber pronunciado el nombre de esta misteriosa «maitresse».

—Y yo persisto en decir que usted conoce a esta mujer, Carleton.

—No nos extraviemos, comisario. Nos hemos reunido para aportar los datos conducentes a la pronta captura del autor o autores de los seis mensajes. Le conmino, Carleton, a que no oculte nada de lo que sepa.

—Le juro, fiscal, que tengo tanto o más interés que cualquiera de ustedes en que no vuelva a funcionar esta increíble guillotina.

—Si es así, dígame que no se ofende, Carleton, si le pregunto si ha reñido últimamente con el que era su patrón.

—¿Reñir? Una vez cada día nos peleábamos. No me ofende nada que de usted provenga, comisario… Aclaro que se debe a que le juzgo como un funcionario en su labor. Siga preguntándome.

—A las once nos separamos, Carleton. El gerente del hotel declaró que usted llegó hacia la medianoche, pálido, y sosteniéndose el brazo izquierdo. En esta hora, ¿qué hizo, Carleton?

—Esto sí que es ofensivo —intervino secamente el juez Irving—. No me gusta su modo de proceder con Carleton, comisario.

—Me limito a unir dos coincidencias. Muere Dupont por obra de un instrumento cortante entre once y once y media, y era patrón de un periodista inteligente y rebelde, que de once a doce se pasea y presenta una lividez como la producida por una reciente herida con derramamiento de sangre. Quien con hierros juega, puede herirse.

—Dejaré para mejor ocasión romperle la cara, comisario. Ahora se supone usted en funciones y pierde el tiempo conmigo. ¿A qué viene esta nueva reunión de cuervos? Si el asesino está entre nosotros, que cada uno preste declaración jurada del empleo de su tiempo entre once y doce, incluido usted, Cavalier, y aun así, de usted ni jurándolo aceptaría pan, porque me parecería veneno.

—Por favor —intervino Caddox—. Si lo desea, Cavalier, cada uno de nosotros…

—Es absurdo, señores —dijo Cavalier, levantándose—. Admito qué me he dejado llevar de mi antipatía hacia Carleton. Presento mis excusas, y les deseo buenas noches, recomendándoles tan sólo que tomen toda clase de precauciones, pues pudiera tratarse de un caso de sádica inteligencia al servicio del crimen.

Irving y Trenton salieron con el comisario. Ned Carleton esperó

unos instantes para llegarse hasta la puerta que mantenía abierta Melvin Garnach.

—Si en algo puedo serle útil, Garnach, pregúnteme.

A espaldas del periodista, Caddox inquirió:

—¿Quién era la amante cuyo nombre calló René Basil?

—Haré indagaciones en mis depravados círculos, Caddox. Se lo prometo. Hasta mañana.

En la calle, Ned Carleton hizo un juramento mental. No volvería a «levantar la liebre». ¿Devolvería la vida a Dudley Dupont declarar que la secreta amante de René Basil se llamaba Ivette Dulac, a la que él apodaba Cleopatra? Sobre todo que induciría a falsa pista la dualidad de amor interesado y amor apasionado en Ivette Dulac. Amor interesado hacia el visitante de los lunes y viernes, Dudley Dupont, y amor apasionado hacia el que murió en la horca tres días antes.

Al introducirse entre sábanas, decidió que a la mañana siguiente trataría de encontrarse muy casualmente con Ivette Dulac, viuda blanca de sus dos amores. Muerto el uno en la horca… y el otro en misteriosa guillotina.

Durmió mal y febrilmente. A las ocho estaba ya duchado y afeitado. Había tomado tres cafés seguidos en su maquinilla especial.

Quedaba descartada Nina Basil, y anhelaba también que fuera descartada Doris Basil.

Sólo quedaban, pues, dos mujeres como posibles vengadoras amorosas: Ivette Dulac y Joan Lorraine.

El comisario Cavalier se cuidaría de las tres sospechosas. Indagaría coartadas, y aparte esta rutinaria labor —era innegable que poseía mucha inteligencia— indagaría en su propio interés, por si era uno de los tres aludidos en el mensaje, por encontrar prontamente a quien no sólo tallaba en madera una guillotina, sino que además asesinaba con un instrumento muy similar.

Cavalier no ignoraba que Ivette Dulac le sorbía el seso, la médula y el dinero a Dudley Dupont. ¿La interrogaría? ¿Pensaría en una posible venganza de la celosa señora Dupont, en complicidad con el mayordomo y el ama de llaves? Absurdo…, pero nada era lógico en la decapitación de Dudley Dupont, menos influyente que Caddox, Irving y Cavalier, y hasta que él mismo, en la ejecución de

René Basil.

Se pasó la mano por el cuello.

Había demasiadas mujeres en rededor de René Basil. Las había en demasía en la intrigante, adorable, perversa y abundante en complicadas venganzas Nueva Orleans, la sinuosa y cálida ciudad meridional, donde la sangre negra, francesa y piel roja se mezclan en aquel «bayú» que, aun a principios de siglo, era guarida de los últimos piratas antillanos.

Ned Carleton empezó a pensar en una nevada cumbre norteña, muy lejos, como en un paraíso… si su soledad la compartiera Nina Basil.

Cogió el teléfono y marcó un número. Tardaban. Por fin, una soñolienta voz inquirió:

»—¿Quién?

—Yo, Cleopatra. Lo siento mucho, pero es tristemente urgente que la vea, salvo sí Cavalier la ha visitado.

»—No. ¿Está usted loco?

—Entonces, espéreme, que voy al instante. Dud ha muerto.

Colgó.

CAPÍTULO V

Ivette Dulac permaneció unos instantes con el teléfono aplicado al oído, deseando que el periodista fuera más explícito. Apartó lentamente el blanco aparato hasta encajarlo en la filigrana de marfil del soporte.

Bostezó nerviosamente. No tenía costumbre de levantarse tan pronto. Abandonó el lecho, y hundiendo los pies en las chinelas, pulsó un timbre.

Permaneció con el dedo sobre el timbre. Tampoco su doncella tenía costumbre de levantarse a aquella hora: las ocho y cuarto.

La deliciosa alcoba era digno estuche de su ocupante. Las paredes y techo tenían, como las dos puertas, un «capitonné» de raso topacio, que adquiría tonalidades curiosas según el juego de luces, variado a capricho de quien pulsara la hilera de interruptores.

Diversos espejos devolvían la espléndida figura de la que, poco acostumbrada a reflexionar seriamente, paseaba por la tibia atmósfera de la estancia, frunciendo las cejas.

En una de sus idas y venidas fué a abrir una de las puertas, que daba acceso al cuarto de baño. No miró siquiera cuando la otra puerta abrióse y la doncella, en bata de dormir, preguntó:

—¿La señorita ha llamado?

—No hagas preguntas tontas, Nelly. Prepárame el baño.

—Iré a vestirme, señorita.

—Eres estúpida, Nelly. Soy yo la que debe bañarse y vestirse. Ya a venir un caballero. Bueno, no precisamente un caballero, sino un periodista llamado Carleton. ¡Prepárame el baño! Y cuando llegue que entre.

La doncella actuó como un barman atendiendo la petición simultánea de un regimiento sediento de combinados. Vertió en la

pila de mármol veteado, donde ya el agua caliente humeaba, un frasco de sales inglesas, otro frasco conteniendo extracto de leche cutánea, y sumergió una varilla con termómetro dosificando el chorro de agua fría, para finalmente, vaciar un frasquito de jabón especial.

El agua lechosa acogió velándolo el maravillosa cuerpo, al tiempo que un carillón, con sus repiques alegres, anunciaba que alguien llamaba a la puerta del piso.

—Que espere unos minutos. Dile que me estoy bañando, Nelly.

La doncella fué a abrir.

Ivette Dulac, en los peores trances, no olvidaba que lo más importante del mundo era ella. Su piel constituía la base fundamental de sus rentas.

Sumergida hasta el cuello, volvió a fruncir las cejas. Era un grave contratiempo la muerte de Dud Dupont. Un hombre poco molesto, generoso, y muy influyente. Bueno, lo era… salvo su odio hacia René Basil.

Nelly reapareció.

—El caballero que espera no es el que usted aguardaba, señorita, porque no se llama Carleton. Este caballero que ha venido dice que lamenta molestar tan pronto a la señorita, pero es precisamente para evitarle molestias que ha venido a importunarla tan de mañana.

—Ya no sé si soy tonta o me entonteces tú. Conecta los secadores. Tienes una tarjeta en la mano.

—Es verdad, señorita. Es la del caballero.

Entre los dos haces de calor eléctrico, Ivette Dulac leyó, mientras con un rodillo de goma, lleno de ventosas, le daba masaje Nelly:

«*Melvin Garnach*. Adherido
H. G. O.».

—¿Qué será esto de
H. G. O.,
Nelly?

—Debe ser que pertenece al cuerpo de abstemios, porque yo estudié química, y esto era la fórmula del agua, más o menos. ¿Qué hago si viene el señor Carleton?

—Que espere en el otro salón.

En el salón más próximo a la alcoba esperaba el ayudante del fiscal. Refrenaba su habitual dinamismo, porque Caddox le había recomendado ser diplomático.

—Me llamo Garnach, señorita Dulac. Y mi visita es puramente particular, amistosa. Pero, ante todo, dígame si la ha visitado el comisario Robert Cavalier.

—Nunca —replicó ella virtuosamente.

—Es usted libre de abstenerse de contestar, señorita, puesto que, como repito, mi visita es particular, destinada a evitarle molestias, casi diría a asesorarla jurídicamente.

—¿Puedo saber qué es esto? —inquirió ella colocando el índice izquierdo en las tres iniciales de la tarjeta.

—Mi cargo oficial es el de miembro de la Oficina Fiscal, pero estoy adscrito como teniente honorario a la Brigada de Homicidios («Homycide Corps Officer»).

Ivette Dulac jugó nerviosamente con el cinturón de su bata. La mirada vivaz de Garnach la obligó a exclamar impulsivamente:

—¡Mi conciencia está tranquila!

—Curiosa frase, vulgar si se quiere, pero es la misma que figura en una extraña talla de madera representando una guillotina, y que ha sido recibida por seis personas. Una era Dudley Dupont. Debido a mi cargo honorario, en cierta ocasión tuve que seguir varias tardes los pasos de Dupont. Vino aquí un lunes y un viernes de siete a ocho. Esta averiguación pertenece por entero a mi archivo secreto, ya que no me vi obligado a informar de estas visitas de Dupont… Pero ahora la colocan a usted en una posición un poco delicada.

—No sé por qué…

—Sea sincera conmigo, y saldrá beneficiada. ¿Le enseñó Dupont una placa de madera?

Ella guardó silencio.

—Yo no trato de complicarle la existencia, sino todo lo contrario, señorita. Esta noche, en su domicilio, entre once y doce, Dudley Dupont ha sido degollado. Mejor dicho, le han separado limpiamente la cabeza del tronco.

Ivette Dulac se desplomó en el diván, empezando a abanicarse con frenesí, ondeando su pañuelo perfumado.

—No ha fingido usted su impresión. No lleva maquillaje y ha mudado de color, pasando del blanco mate al blanco nieve.

Ella casi gimió:

—Yo recibí esta horrible placa…, igual a la que recibió Dud. Dud no quiso que lo comunicara a nadie.

—El señor Caddox me dió a estudiar el mensaje. Citaba a seis personas que habían influido directamente en la justa sentencia de muerte dictada contra René Basil. ¿En qué pudo usted influir directamente en esta justa sentencia de muerte? Es libre de callarse. La investigación oficial corre a cargo del comisario Cavalier. Yo actúo solamente por imperativo personal, en evitación de que corra peligro el señor Caddox. Quiero cuanto antes encontrar al culpable.

—Y yo también —anunció Ned Carleton, entrando—. He llegado tras de sus tacones, Garnach, y tengo el feo vicio de escuchar tras las puertas. Beso tus piececitos, Cleo, simbólicamente. ¿Le extraña verme aquí, Garnach? Le correspondo.

—No le oculto mi extrañeza, Carleton.

—Yo era sabedor de que Dupont tenía el buen gusto de sentirse lunático y venusino aquí, de siete a ocho. También pertenece a mi archivo secreto. He venido a inquirir si podía Ivette facilitarme privadas y confidenciales frases de Dupont, sobre la posible personalidad del tallista anónimo. Yo hablaría si estuviera en tu lugar, Cleo. Este muchacho, lleno de fiel amor hacia su jefe, el fiscal Caddox, está haciendo sus privadas investigaciones, y es siempre preferible recibirle amistosamente que tenerle que oír cuando regrese con un mandato de interrogatorio y como miembro de la Oficina Fiscal.

—Muy bien argumentado, Carleton. Sea amable, señorita: ¿dijo algo Dudley Dupont que permita orientar nuestras pesquisas?

—Dijo… dijo que Nina Basil era muy capaz de haber contratado un asesino profesional.

—Es posible… Pero ¿usted por qué recibió la amenaza?

—No sé. Verdaderamente no sé.

—Te conviene ser sincera, Cleo.

—Yo…, cuando René estaba encarcelado… me visitó Nina. Dijo que si no detenía la campaña acusatoria de Dud… Es más, que si no lograba que Dud obtuviera el indulto de René…, yo me acordaría de ella. Me trató muy mal, llamándome bestezuela y otras malsonancias.

—Nina Basil estimó, pues, que usted podía influir acerca de

Dupont, y que al no hacerlo contribuyó a la sentencia de muerte.

—¡Lo hice! Pero Dud fué inflexible en su campaña… Y yo no podía decirle…

—Cleo quiere decir que no podía alegar que amaba sin interés a René. ¿Verdad, Cleo? De todos modos lo descubrirá Garnach.

—¿Sabía Dupont que usted amaba a René?

—No me lo dió a entender, pero pudo sospecharlo.

—Ya. De ahí la vehemencia virulenta de su campaña de editoriales contra Basil. Extrañamente difícil su caso, señorita Ivette.

—No se extravíe, Garnach. Esta muñeca de lujo quería a René y soportaba a Dupont, pero es incapaz de hacer trabajar su cerebro. No la defiendo a ella, Garnach. Me limito a hacer constar que por más amor que ella sintiera hacia René, no iba a matar a Dupont, porque equivalía a incendiar un pozo de petróleo que rinde buenos intereses.

—La talla de madera y el mensaje son obra de un espíritu truculento, infantil, puerilmente femenino… —murmuró Garnach.

—O ideado por alguien que quiso producir esta impresión en los destinatarios. Por cierto, el mensaje alude a seis. Será, pues, verdad lo que aseguró el embustero de Cavalier, de que no había recibido tal amenaza, y sin embargo aterrorizó a Basil con un interrogatorio que la prensa calificó de hábil, y usted y yo estamos en el secreto de estos interrogatorios hábiles, de interminables horas y con algún intermedio de descanso a base de trompazos. Ya que estamos en trío amistoso, Cleo…, ¿por qué René se calló siempre tu nombre?

—Primero, porque no quería que se enterase Dupont. Y en la cárcel yo me las arreglé para hacedle saber que si no hablaba de mí para nada, yo podría influir en Dud.

—¿Como se lo hizo usted saber?

—Nina se lo dijo, y hasta el último momento él tuvo confianza en que Dud obtendría su indulto.

—Confiaba mucho y con razón en tus poderes persuasivos, Cleo. Si Cavalier da contigo… y dará, repite todo cuanto has dicho ante este caballero. ¿Desea preguntarle algo más, Garnach?

—Usted descarta a esta señorita, y también es mi deseo eliminar personas sospechosas. Pero ella ha confesado o admitido que quería mucho a René Basil, y pudo darse el caso de que Dupont, para

acallar sus peticiones, fingiera que obtendría el indulto, ya que era amigo íntimo del gobernador. Y en el fondo Dupont debía estar muy molesto por sus ruegos acerca de René, señorita.

—No le molestaba, porque yo le expliqué la visita de Nina.

—Pero usted, al ver que Dud no intercedió por René…

—Elimine como sospechosa a Ivette, Garnach Descártela por una sencilla razón, aparte de la petrolífera. La persona que maneja la guillotina es inteligente. No es, pues, Ivette.

Melvin Garnach inclinó la cabeza hacía Ivette Dulac, saliendo del salón acompañado por Carleton.

—¿Trabaja en colaboración con Cavalier, Garnach?

—Puramente privado.

—Y en este mismo terreno, ¿por qué está tan asustado el defensor Edgar Trenton?

—Lo ignoro.

—Dicen malas lenguas que estaba enamoradísimo de Nina. Se habló incluso de que iban a casarse. Supongamos que él obtuvo el consentimiento de Nina a base de jurar que salvaría a René. Ella es un carácter virginalmente salvaje, bajo su capa de intelectualidad. Y como todos ustedes piensan que es Nina…

—¿Usted no?

—Tengo la mala costumbre de no estar seguro de que un árbol da fruto hasta que no sacudo el árbol. Mi desconfianza en el género humano procede de que me conozco a mí mismo. ¿Me juzgará un vanidoso si le hago una sugerencia, Garnach?

—Usted ha demostrado poseer grandes capacidades analíticas y deductivas.

—¿Por qué forzosamente quien le ha cortado la cabera a Dupont ha de ser alguien que amó a René Basil? ¿Por qué pensamos que es alguien que quiere vengar la muerte de René Basil? Porque se desprende de la lectura del mensaje. Es una manera de decir: «Señores, no se cansen demasiado buscando al tallista, porque lo encontrarán entre cuatro personas, las que lloran a René: su madre, su hermana, su novia y su amante. Puesto más claro. Si yo acaricio hace tiempo la ilusión de matar a Dupont, encuentro que es una magnífica ocasión la reciente muerte de Basil. Pero yo soy poseedor de una mente tortuosa, soy un dionisíaco, confuso, introvertido, capaz de grandes hidalguías y mezquinas canalladas».

—Lo que usted es, querido Ned, es un atormentado indeciso. Su última sugerencia ha sido peligrosa… Pensaré en ella. Hasta la vista, Ned.

Regresó Carleton al salón. Ivette Dulac estaba coloreando sus pómulos con el extremo de su meñique, mirándose en un espejo de mano.

—No lloraste, Cleo. Parecía como si la muerte de Dud te hubiese dejado completamente fría.

Ella abandonó espejo y tarrito. Sus ojazos permanecieron largo tiempo sondeando en el rastro del periodista. Por fin dijo:

—Dud fué cruel. Porque hasta el último momento me prometió que René sería indultado. Le odié… cuando leí que René había sido ahorcado. Le odié cuando me mintió diciendo que el gobernador se había negado.

—Esto no lo digas nunca a Cavalier cuando te visite, muñeca. ¿Lo querías mucho a René?

—¡Con toda mi alma!

—Tampoco lo digas a Cavalier.

—No sé llorar, Ned, porque lloré mucho y sabiendo por qué lloraba, a partir de que tuve uso de razón… Al saber que René había sido ahorcado, sentí mucho frío por dentro. Tuve que disimularlo ante Dud. Toda mi vida es disimulo constante, Ned. Soy una desgraciada, Ned.

Miró Carleton en rededor, el lujoso mobiliario, los objetos de valor, y dijo secamente:

—Los duelos con pan y mantequilla son menos, muñeca. No sentirías frío en el alma si trabajaras de dependienta o mecanógrafa, porque cuando se enamorase tu alma le podrías hacer caso. No te apiades de ti misma, muñeca, porque tus males provienen del egoísmo de querer vivir lujosamente. Amén. Mal puedo yo ser predicador. Vamos a otra cosa. Vigila tu cuello, querida. Si mueres, serás otra prueba más en contra de Nina, ya que ella te amenazó y lo sabe ya Garnach. Cierra bien tus puertas, muñeca. No salgas de noche. ¿Tienes miedo, Cleo?

—Mucho —suspiró ella, con los ojos cercados.

—Alquila un par de robustos guardianes que permanezcan al alcance de tu llamada constantemente. Y mejor para ti y para ellos si estás también al alcance de su vista. La guillotina funciona tan de

prisa y se desplaza etérea tan misteriosamente, que apenas cae el tajo ya no se ve quien la maneja. Al menos esto es lo que cuentan la señora Dupont, el ama de llaves y su mayordomo. Oyeron el «¡cuic!» —terminó Carleton, pasándose en rápido toque el índice por la garganta—, y acudieron corriendo para sólo ver la cabeza de Dud separada del cuello. ¿Desagradable? Mucho para Dud, que no merecía estrenar la guillotina misteriosa. Me voy, Cleo. Volveré a verte cuando cese el estado de alarma.

—¿Tú también recibiste la amenaza?

—También. ¿Me odias, Cleo?

—No, porque si bien descubriste que fué René el que… No hubo ensañamiento en ti. Eres un periodista… Y gracias, Ned.

—¿De qué?

—Por llamarme tonta delante de Garnach.

Ned Carleton sonrió con leve sarcasmo.

—Una tonta con dinero puede pagar cerebros. No mentí al llamarte tonta delante de Garnach, porque lo eres, deliciosamente, pero lo eres, Cleo. Cuando sientas mucho frío en el alma, llámame, y te arroparé en el abrigo de mi consuelo.

—Me desprecias ¿verdad?

—No, hermana. Somos de la misma pasta. Tú finges caricias, y yo finjo cinismo. Vendes amor y yo cerebro, a tanto el gramo. Abur.

Ella le acompañaba hasta la puerta, y le detuvo cuando ya él asía el abridor.

—¿Sospechas de mí, Ned?

El periodista se limitó a mirar a Ivette Dulac, para asentir en una cabezada y, a la vez, paradójicamente, le acarició la mejilla.

Abrió saliendo, y ella desde dentro fué cerrando suavemente.

En el amplio rellano, adosado contra la pared, junto al inicio de la escalera, el comisario Robert Cavalier hacía evolucionar entre sus dedos un bastón.

—Hola, comisario. ¿Esperando turno a hora tan temprana?

—Esperándole a usted, Carleton. Esta madrugada a la una le coloqué dos seguidores. Deme las gracias porque ellos atestiguan que usted no abandonó la casa hasta las ocho y media en que entró aquí.

—¿Es delito abandonar la cama a partir de la una de la madrugada?

—Sí, cuando entre dos y tres de la madrugada, por segunda vez ha funcionado el cortacuellos.

—¿Contra… contra quién?

—Seccionando el cuello del abogado criminalista y excelente defensor, Edgar Trenton.

CAPÍTULO VI

—Exactamente Igual que a Dupont. Pero más complicado todavía… Trenton estaba en su despacho, en su casa. Herméticamente encerrado desde dentro. Llave puesta en el interior de las dos puertas cerradas y, además, los pestillos corridos. No hay ventanas. La única entrada de oxígeno en el despacho de Trenton se verifica por una claraboya por la que no puede deslizarse ni un niño de dos años. El cuerpo lo encontró el padre de Trenton, alarmado, cuándo al despertarse a las seis y media y ver la cama de su hijo sin deshacer, le buscó por la casa. Vió rendija de luz en la puerta del despacho. Llamó, golpeó y horrorizado vió desde la claraboya que rompió… la cabeza de su hijo sobre la mesa despacho. Telefoneó y a las siete estaba yo allí. Dejé dicho en comisaría dónde iba, y allí me comunicaron que usted había venido a este piso. ¿Considera necesario que vaya a interrogar al inquilino?

El comisario Cavalier señaló hacia la puerta del piso.

—No hace falta. Yo le responderé por la inquilina.

—¿Inquilina?

—La cuarta mujer. La Cleopatra impura, pero que amaba a René… En fin, todo lo que esta clase de mujeres pueden amar. Olvídela. No sirve. Lo que urge es evitar que caiga un tercero. ¿No le huele a muerto?

Bajaban ya las escaleras.

—Es usted muy escurridizo, Carleton.

—Trenton estaba metido en una especie de caja fuerte… y perdió la cabeza. ¿Lo saben ya los otros cuervos?

—Estuvieron conmigo a las siete, en casa de Trenton el fiscal Caddox y el juez Irving. Y estarán también en mi despacho a las diez. A esto vine, Carleton. A comunicarle que esté usted en mi

despacho, sin falta, a las diez.

—¿Los cuatro cuervos que aun graznan, en consejo general de aleteos?

—He enviado una citación a Nina Basil, el amor fraterno, y a Joan Lorraine, el amor espiritual. Para las diez también. Enviaré la misma citación a la inquilina del piso que acaba de abandonar. El amor carnal.

—¿Sabía ya que Ivette Dulac era la amante secreta de René?

—Gracias por este dato. Lo único que sabía, por el mayordomo de Dupont, era que éste acudía los lunes y viernes, a última hora de la tarde, al piso del que acaba usted de salir. El mayordomo lo descubrió casualmente, y aunque lo niega, creo que estaba haciendo chantaje a Dupont.

—Usted es un mal pensado —sonrió Carleton, que junto al comisario se acodó en la barra del quiosco.

—Dos cafés —pidió Cavalier—. Es verdad, Carleton. Lo reconozco. Soy muy mal pensado y me reprocho no haberlo sido más. Porque sólo le coloqué dos agentes hábiles, Carleton. Uno en la calle delante la salida de su hotel, y otro en la posterior de servicio y proveedores.

—Hacerme colocado un tercero en la cama. Un agente femenino, mejor. Dicen que usted posee un pequeño escuadrón de agentes femeninos sin nómina fija. Excelente café, ¿verdad?

—No es malo. Sigo pensando que debí colocar un tercer agente.

—No tengo un autogiro en mi armario, créame.

—Es usted joven, ágil y engañosamente fuerte. Sus habitaciones del hotel dan a la terraza, desde la que se puede pasar a otras azoteas. Pero ya conoce mi lema, Carleton. Contemporizar y ser amable, hasta poder pegar y duro, cuando poseo una prueba.

—Muy bien hecho, Cavalier. La guerra fría es la característica de nuestra época. No, no… Pago yo, mi querido Cavalier.

—Faltaría más… No cobres, Bob. A mi cuenta.

El comisario señaló hacia el cruce de la plaza Lafayette.

—¿Viene a comisaría, Carleton?

—Tan sólo son las nueve y cuarto. Acudiré a las diez. ¿Habrá sorpresa fuerte?

—Sí.

—¿Relacionada conmigo?

—En cierto modo.

—Me está usted intrigando, comisario.

—Hace años que nos intrigamos los dos, mi querido Carleton. No sabe con qué placer espero la ocasión de demostrarle la clase de cuervo que soy.

—¿Y cree poder demostrármelo precisamente dentro de tres cuartos de hora?

—Hoy, mañana, quién sabe cuándo. De momento, sólo me propongo interrogar a Nina Basil y a Joan Lorraine, delante de los sagaces e imparciales oídos y ojos del juez Irving y del fiscal Caddox. Hasta después. Carleton.

El periodista se tocó el borde del ala delantera de su sombrero. El comisario, que había hecho un gesto de despedida con su bastón, se alzó de hombros como excusándose.

—Ya se me olvidaba. Le coloqué dos seguidores y me descuidé de emplear a un tercero. Pero tuve más suerte con las señoritas Basil y Lorraine. ¿No sabe que estas dos señoritas no estaban en sus respectivos domicilios a la una de la madrugada? Ambas, separadamente, regresaron furtivamente hacia las tres de la madrugaba… ¿Da que pensar, no?

Se alejó Cavalier, que tenía un modo de andar aplomado, cachazudo. Ned Carleton tenía decisiones repentinas.

Miró su reloj, y llamó a un taxi. Disponía del tiempo justo para ir a recoger a Nina Basil.

—Mansión Basil —indicó al chofer.

Personalmente, consideraba a Cavalier un sujeto inescrupuloso, pero muy eficaz como investigador. Sus superiores le habían tolerado ciertas irregularidades, en compensación a sus muchos méritos, y porque había sabido siempre defenderse de acusaciones de venalidad.

Pero si afirmaba que «veedores» atestiguaban el regreso más allá de las tres de la madrugada de la ex novia de René Basil y de su hermana, la existencia iba a complicársele extraordinariamente a Nina Basil.

Se cercioró de que el taxi no era seguido, en la estrecha carretera secundaria que por la llanura que daba acceso al «bayú» conducía al conjunto de antiguos edificios que conocieron épocas de esplendor en los tiempos de los esclavistas plantadores.

La mansión Basil parecía ostentar con soberbia su fachada recubierta de yedra y trepadoras, sus jardines sin cuidar y el abandono de las dependencias, antaño residencia de numerosa servidumbre.

—Aguarde aquí —dijo Carleton, bajando.

La verja estaba sin cerrar y la empujó. Todo su aplomo fallaba un poco, porque al extremo de la alameda, había en una galería, una señora enlutada.

Alta, aun hermosa en su lozana madurez, Doris Basil había sido antes que su marido —arruinándose en audaz especulación, se levantara la tapa de los sesos— una anfitriona proclamada «reina de la elegancia espiritual».

Ned Carleton se quitó el sombrero. Toda su actitud declaraba cohibimiento.

—Buenos días, señora Basil. Desearía hablar con su hija.

—Buenos días, señor. Mi hija está terminando de desayunar, para dirigirse a la ciudad. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Ned Carleton encontró muy inconfortable aquel sillón de mullido acolchado.

Doris Basil ocupó una silla de alto respaldo. En la mesita de mimbre que les separaba había una campanilla de plata.

Servía para llamar al único criado de la mansión. Un robusto sabino nacido en las dependencias de servidumbre, cuando los tiempos de esplendor. Constaba, como hijo natural del suicidado Basil.

—¿Puedo hablar, señora Basil?

—Perdóneme la descortesía, al hacer prolongar el silencio, señor.

—Usted, sabe quién soy.

—Le vi repetidamente en el proceso, señor Carleton.

—Me duele inspirarle tanta repulsión, señora Basil.

—Me agradaría ser una madre espartana, señor Carleton. No lo consigo. Mi René tiene sus grandes defectos, pero para mí sigue siendo un niño, al que mimo en exceso. Todas las noches, cuando le arropo en cama, me inquieta pensar en su porvenir. Yo creo que hago mal en educarle ociosamente. Debería inculcarle enseñanzas prácticas, pero es un Basil, ¿comprende, señor Carleton?

El periodista sintió un escalofrío. Ella continuó:

—No estoy loca, y sé perfectamente que han ahorcado a René. Pero no hay poder humano, que me impida arropar su cama y hablarle todas las noches. El juez Irving cumplió con su deber. El fiscal Caddox también. Usted señor Carleton, tiene un oficio detestable.

—Redactor de sucesos, señora Basil. Pero sólo ante usted, me doy cuenta de que es detestable escribir sobre crímenes.

Doris Basil tuvo una dolorosa sonrisa.

—Nina me ha hablado bien de usted, esta misma madrugada. Supo usted aludir a las familias de Liana y Milú Praviel. Leí atentamente sus reportajes, señor Carleton. Es indudable que posee usted el arte de emocionar a los sectores propensos al fácil llanto. Presentó a mi hijo René como a un depravado…

—Se lo suplico, señora. No se atormente. Desprécieme, écheme de su casa, pero no se atormente. ¿Me permite que espere a Nina allí fuera?

—Hay que tener el valor de nuestros actos, señor.

—Ante una madre, no tengo más que cobardía, señora Basil. Me siento abyecto… y, sin embargo, entonces, me limité a hacer lo que consideré lógico y humano.

—Milú Praviel estaba muerto. La causa cerrada. Usted removió un barro que ya no emanaba pestilencia. ¿Cobra mucho por este oficio, señor?

—En este instante, me doy cuenta que estoy muy mal pagado, señora.

—¿Sabe que hay aquí en esta casa un hombre que puede considerar su presencia aquí… como un insulto? Es Raymond. Casi un hermano para René, aunque fuese su criado.

—Por esto mismo, señora, porque soy una viva ofensa para usted, me retiro.

—A mí no me ofende. Trato de ser justa, y pienso que tal vez su madre cuando por las noches le arrope, esté muy orgullosa de usted.

—Lo estuvo porque murió cuando yo sólo tenía doce años.

—Lo estaría también hoy, a pesar de todo, señor Carleton. Llamaré a Nina. Está tardando demasiado.

—¿Quiere entrar, señor Carleton?

Ned Carleton, en pie, asintió. El interior estaba a obscuras, cortinas corridas.

—Nina —llamó Doris Basil, desde el umbral del porche.

Ned Carleton dominó una mueca de dolor, porque había olvidado la herida de su brazo, al colocar la mano zurda, con el pulgar inserto entre el cinto y la camisa, justo donde se cerraba el primer botón de su americana deportiva.

Apareció un fornido individuo. Llevaba la librea muy deslustrada. Dijo respetuosamente:

—La señorita Nina solicita de la señora que consienta que el visitante suba a sus habitaciones.

Doris Basil hizo un gesto evasivo, con la diestra.

—Es usted libre de entrar, señor Carleton. Raymond puede acompañarle a las habitaciones de Nina.

—Gracias, señora Basil.

El vestíbulo tenía escasos muebles. Era gélido y la obscuridad contribuía a hacerlo lúgubremente húmedo.

Raymond caminaba ceremoniosamente, erguida la cabeza, ocultas las morenas manos en guantes blancos. Fué subiendo una escalera, en cuyo final una estatua de bronce asía una antorcha eléctrica.

Ned Carleton se reprochó ser imaginativo, pero el contacto en sus yemas de la culata le tranquilizó.

Las amplias espaldas del sabino acreditaban una fortaleza descomunal. Nina Basil había insistido en aconsejar al periodista que se fuera de la ciudad.

Y él estaba subiendo las escaleras de una mansión, dejando atrás a una madre que no podía perdonarle su actuación.

El sabino, al llegar al rellano, señaló hacia la izquierda.

Su rostro no expresaba ningún sentimiento. Impasible, no miraba al que recordaba la habilidad de los descendientes de los lanzadores de hachas y cuchillos.

—No es necesario que me acompañe, Raymond.

—Como el señor mande.

El criado empezó a bajar las escaleras, y Carleton esperó junto a la estatua. Cuando juzgó que estaba el sabino a suficiente distancia, se encaminó hacia el pequeño corredor, señalado por Raymond.

La puerta de acceso al ala izquierda estaba abierta. La cerró él al

entrar. Un pequeño vestíbulo, amueblado con gusto.

Una cortina arqueada en su abrazadera, permitía ver el salón muy femenino, donde estaban dos mujeres.

La que atravesaba un alfiler en el tejido de su boina, era Nina Basil. Al lado del espejo, sentada, una muchacha de rubios cabellos, y azules ojos miró a Carleton.

No tenían cordialidad los ojos de Joan Lorraine.

—Adelante, Carleton. ¿Conoce a Joan?

—De vista. ¿Cómo está usted, señorita Lorraine?

—Estaba muy bien hasta que ha entrado usted.

—No sea ingeniosa, Joan. Puedo soportar cuanto me pueda decir la señora Basil, pero de usted no estoy dispuesto a tolerar acusaciones, porque la considero más culpable que yo en el triste fin de René Basil.

Nina Basil dejó de mirar por el espejo. Se volvió, Ned Carleton estaba hablando con agresividad contenida.

—No se ofusque, Carleton, si le hago una pregunta ¿Por qué ha venido?

—Porque soy un idiota. ¡Esto es! Vine para avisarle de que iba usted a pasar un mal rato. Supongo que habrá recibido una invitación a presentarse en comisaría, y son ya las diez menos diez.

—Pueden esperar los señores policías. ¿Por qué acusa a Joan?

—Porque es una señorita honesta y más le hubiera valido ser distinta. Me revienta que ella también se sienta acusadora conmigo. Si René Basil andaba en malos pasos y usted realmente le quería, haberse casado con él cuanto antes. Usted es rica, y bastante bonita, mal me pesa reconocerlo. La manera de evitarle a René Basil su final, hubiera sido casándose con él. Teniendo dinero y mujer, al menos durante la luna de miel, se hubiera comportado decentemente. Pero la sociedad exige un noviazgo más o menos prudencial… ¡Al diablo! Me he levantado predicador y entrometido.

—La última cualidad es la de su oficio —dijo Joan Lorraine.

—Usted resérvese el ingenio para saber contestar a una pregunta comprometedora que va a encasquetarle el comisario Cavalier. ¿Por qué me ha hecho subir aquí, Nina?

—¿Qué pregunta comprometedora va a hacerle el comisario a Joan?

—La misma que le hará a usted. Vayan inventando algo sólido, y

que pueda comprobarse, que justifique por qué razón a la una de la madrugada no estaban ustedes en sus casas, a las que no entraron hasta más tarde de las tres.

—¿Se dedica usted al espionaje, Carleton?

—No seas injusta, Joan. No puedes serlo con quien precisamente viene a avisarnos. Realmente… va a ser difícil contestarle al comisario. A menos que usted nos ayude, Carleton.

—A usted, con gusto. A esta niña, que la ayude su papá.

—No sea grosero conmigo.

—¡Es inaudito! Lleva usted faldas y se cree con derecho a insultarme llamándome entrometido, y espía. Yo de una a tres estaba durmiendo, aunque Cavalier piense otra cosa. Son ya las diez… ¿Ignoran lo que es una citación policial entregada por un motorista?

Joan Lorraine se puso en pie. Nina Basil dijo:

—Podríamos decir que estábamos con usted, Carleton.

—No pueden, porque yo tenía dos policías, acechando las dos entradas del hotel. Otros estaban acechando sus casas y las vieron llegar… según parece furtivamente.

—Usted dice que Cavalier sospecha que usted no estaba en su hotel esta madrugada.

—Piensa que salté tejados y azoteas.

—Puede decir que nos reunimos los tres para…

—Escuche, Nina. Cavalier me profesa un cariño enorme. Está esperando una ocasión para meterme mano. Hasta ahora me voy librando. No cuenten conmigo para enredarme aun más. Ustedes dos podría explicar razonablemente su ausencia y regreso.

—No podemos —replicó Joan—. No nos creerían.

—Inténtelo. En el despacho del comisario está el juez Irving y estará también el fiscal Caddox. Son severos, pero imparciales. Vamos ya, antes que vengan a buscarlas.

—No tenemos por qué temer, Nina. Al fin y al cabo, somos libres de pasear de noche.

—Naturalmente, si tuvieron testigos solventes de este paseo entre una y tres de madrugada.

—¿Por qué no ha de bastar nuestra palabra? Joan me telefoneó y nos entrevistamos para decidir si aceptaba yo una oferta que me hacían de la casa «Fashions» para ser modelo.

—¿Entre dos y tres estarían ustedes con alguien?

—Solas. Paseando por…

—Traten de pasear lejos de la calle Bons Enfants, porque es donde vivía Edgar Trenton, que entre dos y tres de esta madrugada, al igual que Dupont tres horas antes, ha muerto asesinado.

Las dos muchachas tuvieron distinta reacción. Joan Lorraine denegó con la cabeza, sacudiendo los rubios cabellos, dilatados los ojos.

Nina Basil murmuró, entornando los párpados:

—Era una trampa, Joan… Una trampa… Ahora lo comprendo.

Impaciente, Ned Carleton, mirando su reloj, dijo:

—Las diez y siete minutos. Cavalier es galante a su modo, pero si tardan más, vendrá un coche policial.

—No podemos ir allá, Carleton. Ayúdenos.

—¡No, Nina! No puedes confiar en este hombre.

—¡Al diablo con usted, niña boba! ¿Qué trampa es la que…? ¿Por qué se extraña? ¿Es que no leyó los periódicos de esta mañana?

—No digas nada, Nina. Vamos a casa y mi padre nos creerá.

Ned Carleton apremió:

—Andando. Por el camino, se lo piensan. Tengo un taxi esperando.

Salió primero Joan Lorraine, seguida por Nina Basil. Ambas no podían dominar su patente nervosismo.

Ned Carleton seguía llevando su sombrero ante el estómago. Se reprochaba ser tan impresionable, pero le agradaba sentir bajo el sombrero el tibio contacto de la culata inserta entre su cinto y camisa.

Llegaron al descuidado jardín sin que viera a Raymond ni a la señora Basil.

—Pague su taxi, Carleton. Yo tengo mi coche —dijo Joan Lorraine.

El periodista se dirigió hacia la verja. Sabía que de este modo, Joan Lorraine y Nina Basil hablarían a solas y confiaba en que Nina Basil convenciera a la rica heredera, de que no acudir a la citación policial era agravar aquél «paseó» poco convincente entre una y tres de la madrugada en que murió Edgar Trenton.

Pagó al taxi, despidiéndolo. Esperó, viendo como las dos

muchachas entraban en un pequeño caserón a la derecha del edificio central.

—No nos creerán, Nina. Es mejor que mi padre se entere.

—Pero si no acudimos, será peor.

—¿Vas a confiar en el hombre que condujo a René a la horca?

Joan Lorraine ocupaba ya el volante del «Hudson» azul y a su lado se sentó Nina Basil, manoseando su bolso.

Joan Lorraine condujo hacia la verja que estaba abriendo Raymond. Ned Carleton se había alejado unos pasos. Le resultaba penosa la visión de la mujer enlutada allá, erguida, solitaria, en la galería.

Subió al detenerse a su lado el «Hudson», instalándose atrás.

—Me salva mi calidad de periodista, si ustedes no aluden a que les he contado que fueron espiadas cuando regresaban a las tres. Son finos los «seguidores» que les ha colocado Cavalier y estarán ya informando que hemos salido los tres, y que yo he estado charlando con ustedes. ¿Se decide o no a confiar en mí, Nina?

—Joan dice que es mejor acudir a su padre.

—El honorable señor Lorraine es muy solvente moral y monetariamente, pero salvo que diga lo que hicieron ustedes de una a tres…

—No sabe dónde estuvimos.

—Conduzca más poco a poco, Joan. Cavalier sospecha de usted, Nina. Y tampoco la descarta, Joan. Es extraño que no las haya interrogado, pero me anunció que reservaba una gran sorpresa en esta cita en su despacho.

—Que juzgue si seremos creídas, Joan. Le voy a explicar la verdad.

—Si es la verdad, cuenten conmigo, para lo que sea, aunque me complique la existencia. Adelante, Nina.

—A la una menos diez, me telefoneó Joan, diciéndome que me esperaba en el «Lloyds», el salón de té, exclusivo para señoras. Llegué a la media hora, y fué entonces cuando ella me dió a leer esto, que no sabe como alguien colocó en su bolso, mientras estaba en los lavabos del cine «Rex».

Tendió Nina Basil, por encima del respaldo un sobre.

Ned Carleton sacó del interior un recio papel. Habían pegado tirillas semejantes a las de un telegrama. El remplazo estaba escrito

con letras de imprenta.

> «Necesito dinero y me lo dará usted porque puedo demostrar que René Basil era inocente y sé quién lo atrajo a la cabaña del lago donde ya estaban muertos Liana y Milú. No quiero correr el riesgo de ser visto. Venga sola o con Nina Basil. Entre dos y tres esta madrugada en la glorieta de las viudas criollas».

—Joan telefoneó a su casa diciendo que no se inquietaran si llegaba un poco tarde, porque estaba conmigo. Salimos del «Lloyds», serían las dos menos cuarto. En este coche. Llegamos a la glorieta que citaba este papel.

—Un sitio muy solitario, en la parte arruinada por el incendio del barrio Cajun. Y estuvimos esperando llenas de ansiedad.

—Esperamos hasta las tres y diez minutos. Joan me dejó ante mi casa, y se marchó a la suya. Suponíamos que el comunicante no había podido venir y que ya mandaría otro aviso. Pero esta mañana, al venir Joan y enseñarme el periódico, que decía que entre dos y tres había muerto Edgar Trenton, decidimos callar. Empecé a sospechar que alguien queriendo comprometernos, nos había dado esta cita… ¡y sólo puede ser el que mató a Trenton!

—En efecto. Y es la misma letra impresa de las plaquitas. No es coartada permanecer una hora en un sitio sin testigos. Pero si yo, uno de los amenazados, sostengo que salté azoteas, al darme cuenta que era vigilado, y vine a reunirme con ustedes dos, que me esperaban en el «Carrefour», y fuimos a esperar al que no llegó…, creo que Cavalier lo aceptará como bueno. Usted me telefoneó, Nina.

—¿Por qué se compromete, Carleton? Ayer yo… hice lo que hice, y usted… se portó generosamente.

—Conteste, Nina. ¿Usted cree que René… era inocente?

—Sé que no. Pero este anónimo me inspiró una repentina esperanza. Parecía obra de un maleante que iba a vender un secreto. Joan es rica.

—Escuchen. Cavalier es listo. Vamos a ponernos de acuerdo. Yo persisto en querer suponer que las muertes de Dupont y Trenton no

tienen nada que ver con la sentencia de René. Pero Cavalier sabe que existen asesinos profesionales que por dinero trabajan más o menos ingeniosamente. De momento, ustedes quedarán descartadas como autoras materiales. Pero han de saber lo que decir con respeto a nuestra triple presencia en un sitio solitario, sin testigos, de dos a tres de la madrugada. Conservo este anónimo.

CAPÍTULO VII

El juez Irving estaba tomando unas notas en su carnet, mientras el fiscal Caddox, sentado a su lado, revisaba la hoja de informes entregada por el comisario Cavalier, que paseaba por el despacho.

Miró el reloj de pared que marcaba las diez y cuarto.

—Dada la tardanza de las señoritas Basil y Lorraine, podríamos, si les parece, interrogar a Ivette Dulac.

—Bien. Pero recuerde, comisario, que exijo la máxima cortesía. No debe intimidar, sino interrogar. Se lo ruego.

—Procuraré ser convincente, señor juez.

Robert Cavalier abrió la puerta, y con el índice llamó a la que en el corredor esperaba en nerviosos paseos.

Ivette Dulac había elegido lo más discreto de su vestuario. Su procaz figura quedaba más recatada, en el traje sastre azul, y sus largos cabellos recogidos en moño, atenuaban su feminidad, con el aplique de una mantilla, prenda usada por las criollas francesas.

Irving y Caddox, en pie, esperaron a que la recién llegada se sentara en el sillón señalado por Cavalier.

—Bien, señorita Dulac. Ha entregado usted ya una declaración firmada, en un interrogatorio preliminar efectuado a mi petición por el señor Garnach, miembro de fiscalía. Hay puntos poco claros, pero usted los aclarará. ¿No es cierto, señorita Dulac?

—Sí, señor comisario —replicó ella, dócilmente.

—No constan en su declaración, porque tampoco se lo han preguntado. ¿Tiene usted familia en Nueva Orleans?

—No… Bueno, sí…

—¿Sí o no?

—Tengo un hermano, que vino hace poco de La Habana.

—Bonito país Cuba. ¿Reside en su piso su hermano, señorita

Dulac?
—No… Creo que se aloja en el «Quartier Latin».
—¿Lo cree o lo sabe?
—No me lo dijo.
—Está usted muy inquieta, y no debe estarlo. Tiene delante a los señores Irving y Caddox, honra de nuestra magistratura. Ellos no desean más que ayudarme en mi ingrata tarea. Digo ingrata, porque no encuentro siempre la deseada colaboración. ¿Qué edad tiene su hermano?
—Veintisiete años.
Mantenía ella la vista baja.
—De los que pasó cuatro en un alojamiento del Estado, en Florida, por… Permítame un momento —y Cavalier fué a recoger un folio sobre su mesa, que examinó brevemente—. Aquí consta que sufrió una condena de cinco años, por atraco a mano armada. Se benefició porque al ser detenido, delató a sus compañeros. Abandonó Florida, y permaneció unos meses en Nueva Orleans, desapareciendo al poco tiempo, casi horas después de que una cajera de cine recibiera un golpe y el agresor se llevase la caja. ¿No le sentaban bien los aires de La Habana a Guy Dulac?
—Vino a pedirme dinero y se lo di, haciéndole prometer que instalaría un garaje en La Habana.
—El amor fraterno es digno de consideración. La guillotina es un instrumento netamente francés, ahora que lo pienso. ¿Cuánto dinero le dió a su hermano, Ivette?
—Cinco mil dólares.
—Indudablemente, la cifra demuestra dos cosas: que usted quiere mucho a su hermano… y que gana mucho dinero.
—Su última observación es desplazada, comisario —dijo el juez Irving.
—Pido excusas a su señoría —sonrió Cavalier.
Cuando sonreía mostraba unos dientes muy blancos, de agudos incisivos.
—Pasemos a la primera observación. ¿Usted quiere mucho a su hermano?
—Sí.
—Hace unos meses no lo demostró. Guy Dulac vino a pedirle dinero y usted le contestó textualmente: «¡Trabaja, bandido!». Y su

hermano, le contestó textualmente con un par de bofetones estruendosos. Todo esto lo ha declarado su criada Nelly. Explíqueme este punto obscuro, Ivette. Usted hace unos meses recibe bofetones, pero no le da a su hermano ni un centavo, amenazándole con denunciarle si se lleva algo. Su hermano se va, y la misma noche atraca a la cajera del cine «Cuachita». En cambio, hace unos días fue visto en el «Quartier Latin», aunque no pudo ser atrapado y usted reconoce haberle dado cinco mil dólares. ¿A qué obedece esta súbita prueba de amor fraternal, en quien como usted le llamó bandido, exhortándole a trabajar, hace meses, sin predicar con el ejemplo, ya que no puede ser considerado trabajo lo que usted…?

—Ahórrenos sus ironías, Cavalier —intervino ahora Caddox—. He estado estudiando el atestado sobre las muertes de Trenton y Dupont, comisario. Y también lo referente a Guy Dulac, Usted sugiere que Ivette Dulac y su hermano son los autores de las tallas en madera, y de las muertes. Que Guy Dulac actuó por dinero y que Ivette Dulac quería vengarse de Dupont. Hasta aquí cabe en lo posible. Pero ¿qué motivos tenía para matar al abogado Trenton?

—Éste es el toque que en los presidios llaman a sus inquilinos «dar morcilla». La morcilla fue el señor Trenton. Si hubiera sido asesinado tan sólo Dupont, las sospechas habrían podido recaer en Ivette. Muere Trenton y como no hay razón para que Ivette desee su muerte, la descartamos. Te advierto fraternalmente, Ivette. Si me evitas trabajo, te lo tendré en cuenta. Ya encontraremos tarde o temprano a tu perla de hermano. Reconoce que le pagaste para que inventara el modo de matar a Dupont, haciéndole primero sudar un poco de miedo. ¿No?

—Yo le di el dinero para que se marchara.

—Bien. Puede usted irse, señorita Dulac. Sí, sí… Plenamente en libertad. Su deber era decirme que su hermano estaba por la ciudad, pero soy benévolo con una hermana amante. Buenos días, señorita Dulac.

Ella salió con mucha torpeza, saludando, incrédula.

Cerró Cavalier la puerta.

—Es el modo de pescar a Guy. Sabe ya que le va a ser difícil irse. Tratará de hacerse ayudar por ella. Para mí está muy claro. Las amenazas eran parte de la «morcilla».

—No tenía por qué, entonces, citar a las señoritas Basil y Lorraine. Podría molestarle el señor Lorraine, alegando que su hija es muy libre de pasearse hasta las tres de la madrugada en compañía de la señorita Basil.

—Riesgos menores de mi profesión, señor juez.

—¿Cree, entonces, que es Guy Dulac el que por dinero y atendiendo al vengativo amor que por René Basil sentía Ivette, mató a Dupont y a Trenton?

—Sí, señor fiscal. Denme un poco más de tiempo y leerán la confesión firmada por Guy Dulac. Han acordonado ya de forma discreta el «Latín».

En pie, juez y fiscal, estrecharon la diestra del comisario.

Al salir saludaron ceremoniosamente a Joan Lorraine y a Nina Basil, que seguidas por Carleton entraron en el despacho.

Robert Cavalier saludó también ceremoniosamente:

—Lamento enormemente haberlas molestado en vano, señoritas. Lo que quería preguntarles ya lo he averiguado por otro conducto. Sólo me queda presentarles mi más humildes excusas.

—Ya que están aquí, pregunte, comisario.

—Mi joven periodista… ¿Me ha visto usted alguna vez entrometerme en la sala de redacción de su periódico? Por cierto, permítame darle la enhorabuena.

—¿Por qué?

—En el testamento del señor Dupont, hereda usted en propiedad el cincuenta por cien de los beneficios del periódico, y si la señora Dupont quiere prescindir de sus servicios ha de ser indemnizándole con una cantidad fabulosa. Mi enhorabuena, Carleton. Repito, señoritas, mis más humildes excusas.

—¿Puedo hacerle una pregunta, comisario? —inquirió Nina Basil.

—Cuantas desee.

—Me he dado cuenta que soy seguida.

—Riesgos que corre toda dama hermosa.

—Por policías.

—No dejan por ello de ser hombres de buen gusto.

—¿Durará mucho esta vigilancia?

—No sé a lo que se refiere, señorita Basil.

—Vámonos, Nina —apremió Joan Lorraine.

Las dos se dirigieron hacia la puerta. Carleton dijo:

—Buenos días, Nina. Adiós, Joan.

Robert Cavalier volvió a pasear y Ned Carleton, al quedarse a solas con el comisario, dijo incisivo:

—Dudley Dupont nunca me dijo que había decidido nombrarme heredero de la mitad de su empresa.

—Reconoció que si usted no seguía dirigiéndolo, se hundiría.

—¿Qué opina la señora Dupont?

—Muy atribulada la pobre. ¿Quiere echar un vistazo a todo esto?

Carleton cogió los folios que tendía Cavalier. Fué leyendo… fumando incesantemente.

—No tenemos secretos el uno para el otro, Carleton. ¿Puedo contar con su ayuda? Usted tiene profundos conocimientos en el «Latin». Usted puede encontrar donde se esconde Guy Dulac.

—Realmente me encantará traerle a este asesino guillotinador.

—Gracias. Será el mejor modo de continuar buscando a quien mató a Dupont y a Trenton.

—¿Eh?

—Me interesa demostrar mis conocimientos del hampa, Carleton. Un granuja como Guy Dulac puede cobrar cinco mil dólares para matar, pero se escapará con los cinco mil dólares.

—En este atestado usted da por segura la culpabilidad de Guy Dulac.

—Los indicios le acusan. Pese a su personal opinión, soy honrado… en lo que a defender la ley atañe. Los indicios rudimentarios de todo crimen, siempre obedecen a una pregunta latina: «¿Cui prodest?».

—«¿A quién beneficia?». A mí, que heredo un fortunón. Es usted simpatiquísimo, Cavalier.

—Tal vez me equivoque, y Guy Dulac admita haber actuado en contra de sus principios de prudente atracador de poca monta. Pero no me sorprendería mucho.

—Y no le sorprendería acumular pruebas contra mí, ¿no?

—De usted nada puede sorprenderme.

—¿A que sí? —retó Carleton.

—Está acalorado, y hasta ahora se jactaba de acalorarme a mí. ¿En qué puede sorprenderme, Carleton?

—Yo gozaba de toda la confianza de Dudley Dupont. ¿No sabe cuál era el trabajo al cual se dedicaba últimamente?

—Creo que deseaba emprender una campaña pidiendo el saneamiento del «bayú».

—Voy a cometer una gran imprudencia, pero gustoso, mi querido Maquiavelo de pacotilla. Dudley Dupont me dijo que estaba acumulando datos concretos acerca de la inmoralidad de cierto funcionario, cuyo procesamiento y destitución exigiría desde el periódico.

—¿Quién era este funcionario?

—Usted.

—Nadie es libre de ser calumniado.

—Me dijo Dupont que se lo había expuesto en privado al abogado Edgar Trenton. Soltemos un latinajo… ¿Las muertes de Dupont y Trenton, «cui prodest», Cavalier?

—Entre los documentos de ambos muertos, no había nada de lo que usted insinúa.

—Por una sencilla razón, Cavalier. Los testimonios escritos de Trenton lo eran en términos jurídicos y los de Dupont demasiado grandilocuentes. Me entregaron a mí el conjunto, para que corrigiera el estilo, dándole concisión.

—Acusar a un funcionario precisa más que concisión, fundamento sólido, Carleton. He dormido poco esta noche, y aumenta usted mi naciente dolor de cabeza.

—Que se mejore, comisario.

—Tan pronto salga usted, notaré alivio.

—Hasta ahora usted encuentra indicios que me señalan como beneficiado por la muerte de Dupont. Pero ¿iba yo a sacar provecho de la muerte de Trenton?

—Sus frecuentaciones del hampa le capacitan, como a la policía, para conocer la jerga delincuente. Y existe también un aforismo que asegura que quien mata una vez, pierde la noción moral, y puede encadenar varios crímenes. El aforismo y la treta delictiva llamada «dar morcilla» pueden aplicarse a Guy Dulac y a usted.

—Es triste que tengamos tan mal concepto el uno del otro.

—Muy triste.

—Lo peor es que no me creerá si le juro que no tengo la menor participación en estos dos asesinatos.

—Mi cargo me impide jurarle lo mismo. Usted me considera un tortuoso Maquiavelo de pacotilla. Yo me reservo siempre hasta el momento apropiado. Pero lo que sí puedo jurarle, Carleton, es que le pesará amargamente el instante en que yo le acuse formalmente y con pruebas.

—Soy tan cobardemente respetuoso con la ley, que hace mucho tiempo que deseo asesinar a alguien y he sabido aguantarme. ¿Si no le he asesinado ya, comisario, cómo iba yo a matar al pobre Dud?

—Mi muerte escaso provecho le rendiría.

—Pero hay gustos que valen millones. ¡Al infierno con usted!

Ya en la puerta, Ned Carleton oyó la apacible respuesta:

—Trataré de darle el salvoconducto a este destino final, Carleton.

En los folios que tenía sobre el despacho, Cavalier subrayó con dos trazos de lápiz azul varias palabras.

Estaba personalmente convencido de que no era Guy Dulac el autor de las muertes de Dupont y Trenton.

CAPÍTULO VIII

En la calle, Ned Carleton recobró su calma. Caminó por la acera en dirección hacia el «Quartier Latin», en cuyos últimos aledaños estaban las calles de peor fama.

Una pequeña Kasbah, un lugar donde un fugitivo con dinero encontraba fácilmente escondite.

El argumento empleado por Cavalier demostraba su conocimiento de la psicología delictiva. Guy Dulac, un delator, no se arriesgaba con cinco mil dólares en el bolsillo, a ir a la horca. Y tampoco parecía ser el tipo de criminal inteligente, capaz de inventar un ingenioso instrumento que…

Tensó los músculos, dispuesto a echarse al suelo. Aquel coche le seguía a él.

Se aquietó. Era el «Hudson» azul, conducido por Nina Basil, que frenó junto al bordillo.

—Joan se ha ido a su casa, lamentando que usted supiera nuestro secreto. Teme que gane el periodista.

—¿Y usted?

—Le he esperado, para saber si Cavalier ha estado inquisidor.

—En absoluto. Parece ser que es Guy Dulac el asesino.

—¿Dulac?

—El hermano de Ivette. Iba precisamente al «Latin».

—Puedo llevarle. Joan me deja su coche con frecuencia.

Subió Carleton.

—¿Va en busca de un supuesto asesino, Carleton?

—En cierto modo, a favor de usted. Que se acaben ya de una vez las sospechas. Desde lo ocurrido… me había jurado no entrometerme más, sobre todo ahora que soy rico. Ya oyó a Cavalier.

—Le felicito, Ned. Copropietario del «Luisiana Life», le convierte en un buen partido. Posiblemente lo que usted le dijo a Joan, era en cierto modo razonable. Si René se hubiera casado…

—La única persona que me ha inspirado ideas de hogar, nunca me oiría.

—¿Es sorda? —sonrió Nina Basil, con melancolía.

—Vire a la derecha y pare frente al número 12. Tal vez Freddy sepa algo.

Ella obedeció. Y al bajar, dijo Carleton:

—Gracias. Ya nos veremos algún día, Nina.

—Puedo esperar. Es lo menos para el generoso caballero que ayer me perdonó y esta mañana venía a avisarme.

—No se burle. Me ha llamado usted caballero.

—Tiene un fondo muy caballeroso, Ned. Un cínico periodista, como le suponíamos mi madre y yo, no hubiera estado tan dolido, sinceramente apenado, como usted.

Ned Carleton, en silencio, hizo algo inesperado.

Se inclinó para rozar con los labios la mano que Nina Basil apoyaba en el reborde de la ventanilla.

—De todo corazón, gracias. Y ahora váyase. No es una excursión para usted la que estoy empezando.

—A pleno día, esté barrio puede transitarse. Esperaré.

Ned Carleton entró en la casa número 12, sintiendo que algo se transformaba en el ambiente. Aquel portalón no era obscuro y húmedo, sino florido y radiante.

El olor a café con leche que emanaba de la portería, acariciaba su olfato como brisas primaverales.

—¿Está Freddy? —le preguntó a la portera.

—Está durmiendo.

—Es mi amigo, ¿no? Todos somos amigos, «commère».

—Está usted de buen humor. Pero mi hijo se despierta siempre con mal genio.

—Conmigo, no. Déjeme pasar.

Bajó Carleton las escaleras, hasta dar con el cuartucho donde envuelto en sábanas y colcha, dormía el «barman». Freddy.

Se despertó gruñendo con la boca pastosa.

—Ya va, ya va, madre.

—Una mañana espléndida, Freddy. Diez dólares para ti… si

haces memoria. Estás siempre al tanto de lodo. ¿Has oído hablar de un tal Guy Dulac?

—Depende —bostezó el camarero, mirando el billete que Carleton enrollaba en su índice.

—Es para avisarle que le están buscando y que no intente verse con su hermana Ivette.

—No puede interesarle para un reportaje.

Y el camarero cogió el billete.

—Vaya al Callejón de los Toneleros. Es el gordo Crowley. Pero lo de siempre, señor Carleton. Yo no le he dicho nada, por si las moscas.

—Felices sueños, Freddy.

En el coche, comentó Carleton:

—Me dejará en el cruce de las dos alamedas. Tengo que ir a un callejón maloliente.

—Podré esperarle en el cruce.

—Me molesta… aunque sea agradable tener un chofer de taxi tan gentil.

—René no le odiaba a usted, Ned. Me dijo que usted no era más que un periodista.

—Eso soy. Un tema espinoso hablar de René…

—Lo es. Hablemos de otra cosa. Dijo antes que su inspiradora de hogar, no le escucharía, Ned.

—Empecé a enamorarme de ella en el proceso. La vi señorial, valiente, bonita con dulzura, no acobardada y vergonzosa como Joan Lorraine.

—Yo también vi al periodista declarar. Recuerdo perfectamente que al preguntarle el juez Irving que concepto le merecía René. Y usted contestó bien.

—No dije más que la verdad. No me pertenecía juzgar los ajenos extravíos.

—Ayer quise apuñalarle, Ned.

—Lo celebro, puesto que hoy ya no me odia tanto. A la izquierda, por favor. Allí mismo.

Ned Carleton, cuando ella detuvo el coche en el sitio señalado, no bajó.

—Quisiera decirle algo, pero usted se va a ofender, Nina.

—No creo que sea su intención ofenderme.

—¿Es verdad que piensa aceptar la oferta de maniquí?

—Sí.

—Yo voy a irme de la ciudad. Aceptaré como indemnización y en concepto de venta de mi parte heredada que el pobre Dud me dejó, cien mil dólares. Esto no devuelve las cosas a su ritmo de hace meses, pero su madre es toda una señora… y usted no puede ser un maniquí… Yo me vuelvo a Indiana y sabré ganar dinero a montones, pero… no en crónicas de sucesos. Yo no puedo mirarla, pero usted me comprenderá, Nina. Ya no puedo olvidar, ni nunca olvidaré unos minutos… Los que estuve delante de la señora Doris. No me considero culpable de nada. Pero la señora Doris todas las noches arropa una cama y habla a un fantasma. No está loca. Es una madre. Y volvería a sufrir si usted se empleara de maniquí donde fué señorita Basil. Déjeme terminar… Me sería grato, lejos, pensar que he evitado un segundo dolor a la señora Doris. ¿Partiremos mitad y mitad, quiere? Yo fundaré cualquier revista en Indiana… y usted dará a la señora Doris una buena vejez. Es el único modo de que yo recobre mi habitual cinismo y despreocupación. No me diga que no.

Más que bajar, saltó Carleton a la acera. Se alejó apresuradamente hasta moderar el paso, cuando entró en el Callejón de los Toneleros.

Había bodegas, y una de ellas la regentaba el gordo Crowley.

—Buenos días, Crowerow. ¿Le puedo pedir que me preste la oreja un minuto?

—A mí con chismes, no, Carleton.

—Dígale al hermano de Ivette que la policía le está buscando por aquel asunto del cine «Guachita». Que me envía Ivette.

—Yo no sé quién es Ivette.

—Dulac.

—Me suena. Hay un Dulac que alquiló hace cinco días, el altillo de mi bodega. Precisamente suele bajar a esta hora aproximadamente.

—Subiré a charlar con él. Es un recado urgente de su hermanita.

—Allá usted. Pero yo le aprecio, Carleton, pese a que es usted un tío que se entera de las cosas no sé cómo. Guy es muy desconfiado.

—Entrará en confianza conmigo.

El bodeguero apartó su humanidad del estrecho acceso al altillo.

Unas escaleras que olían a vino rancio. Al final una puertecita, en la que Ned Carleton aplicó los nudillos.

La puertecita rechinó suavemente, abriéndose.

Ned Carleton, antes de entrar, advirtió:

—Paz y buena voluntad, Guy. Me envía Ivette. Te está buscando la policía que ha acordonado el barrio.

Entró con los músculos preparados, aplicada la zurda a su estómago. Un estrecho cuartucho, medio iluminado por el boquete encristalado del techo.

En una cama revuelta de cara a la pared, dormía un individuo.

—Va de veras, Guy. Si no fuera yo de fiar, no me hubiese dejado subir Crowerow. Tienes el sueño dulce y la conciencia tranquila, Guy.

Carleton aplicó su mano en el hombro, sacudiendo.

Guy Dulac dió la vuelta quedando boca arriba. La sangre empapaba la cama en la porción entre su cuerpo y la pared.

Desde la garganta a las rodillas estaba enrojecido. Tenía la garganta abierta y junto a la cama, vió ahora Carleton la navaja de afeitar mellada siniestramente.

Abandonó el cuartucho para llamar desde arriba:

—¡Crowley!

Tardaron unos instantes en contestar:

—¿Qué pasa?

—Suba, Es necesario.

El gordo bodeguero empezó a subir, contrariado.

Cuando entró en el cuarto, masculló unas imprecaciones.

—Mal asunto, Crowley. No se ha suicidado, porque tenía dinero. No lo tiene ya… Le han limpiado los bolsillos.

—Hacerme eso a mí… No tiene nombre… Le doy cama y comida… ¡Y me juega esta mala partida!

—¿Cuándo vió por última vez a Guy?

—Hacia las tres y media, poco antes de que me relevase mi yerno. Vino a beberse una jarrita, y dijo que iba a dormir.

—En su bodega entran y salen constantemente. Cualquiera pudo subir hasta aquí. Lo malo es que la policía le acusará de facilitar alojamiento a un «solicitado».

—Yo diré que no sabía que fuese Guy Dulac, ya que firmó el alquiler con otro nombre. Si usted no se opone, voy a extender un

recibo con una firma y diré que me enseñó su documentación a nombre de… Edwards Morrison, por ejemplo. Le juro que no sé nada de este sucio asunto. Esta madrugada me consta que tenía dinero, pero yo no soy un ladrón.

—Ya lo sé. Usted sólo mete agua en el vino, Crow. Favor por favor. No diga que he estado aquí.

—Palabra que me callaré. Voy a telefonear a la policía.

—Al comisario Cavalier, personalmente. Describa a Dulac. Hágalo.

Ned Carleton abandonó la bodega dirigiéndose apresuradamente hacia el cruce de las dos Alamedas. Penetró en el coche.

—Aprisa, Nina. Gire a la izquierda, y cuanto antes salgamos de estos contornos, mejor.

—¿Qué sucede, Ned?

—Entré a visitar a Guy Dulac, para intentar cerciorarme de que no tenía nada que ver con la muerte de Dupont y la de Trenton. Estaba muerto, con la garganta abierta de un navajazo.

—¿Dónde conduzco, Ned?

—Hacia las Rotondas. Sólo un hombre podía saber antes que yo dónde se escondía Guy Dulac.

—¿Quién?

—Cavalier.

Ella siguió conduciendo en silencio. Ned Carleton murmuró:

—La boca cerrada de Guy Dulac es un contratiempo. Mortal para él, pero favorable para Cavalier. Si éste en el atestado, dice que todo daba a entender que se había suicidado, al saberse cercado por la policía, ya no me cabrá duda.

—¿De qué?

—El autor de todo este tinglado. El dueño de la bodega se callará mi visita por la cuenta que le tiene. Ha avisado a Cavalier que es quien tiene a su cargo la misión de capturar a Dulac. Yo he visto a Dulac. No pudo suicidarse, pero si Cavalier se lo ha propuesto y lo necesita, Dulac aparecerá como suicidado… y entonces ya no me cabrá duda alguna de que es Cavalier el que ha matado a Dupont y a Trenton.

—¿Por qué?

—Ellos dos se proponían acusar a Cavalier de inmoralidad. Yo lo sabía, y he mentido al decir que yo poseía la carpeta acusatoria, ya

que nada escribieron ni Dupont ni Trenton. Fué una manera de saber si realmente Cavalier es quien supongo.

—Si lo es, intentará matarle, Ned. Dicen que es muy peligroso.

—Lo es. Pero ahora se trata de saber si da por suicidado o por asesinado a Dulac. Bien, puede dejarme aquí, Nina.

—Usted no se irá de la ciudad, Ned. Siga aquí… y seamos amigos.

—No podemos serlo. La gente…

—¿Encontraría extraña una amistad entre la hermana del hombre ejecutado y el periodista que lo descubrió? Mi odio contra usted era irrazonable. No podré nunca quererle… y lo siento, Ned. Pero ya no le odio.

Bajó del coche Carleton. Sonrió:

—Me iré, Nina. Y sería absurdo que la señora Doris intentara devolver la cantidad que reciba de un modo anónimo. Las cosas ya no pueden remediarse, Nina. Pero antes que pise el arranque, óigalo… Llevaré mi castigo muy hondo, y nadie lo apreciará. Seguiré siendo el periodista entrometido porque lo llevo en la sangre. Mi castigo es injusto, pero natural. ¿Cómo puedo decirle que sólo hay una mujer para mí, a la hermana del hombre que yo llevé a la horca? Sin patetismos, Nina, acepto mi castigo. Usted, por más que se esforzase, siempre vería en mí al que atrajo la justicia humana sobre René Basil.

—¿Y sabiendo… que ésta es la inevitable consecuencia… persiste en hacerme una limosna?

Ned Carleton se arrepintió un segundo tarde, pero su zurda en revés había ya cruzado el rostro femenino asomado a la ventanilla.

—Dios nos perdone, Nina Basil. Él es testigo de que me duele lo que acabo de hacer… Es una canallada en un hombre pegar a una mujer… pero hay momentos en que es lo único que puede hacerse. Mal te pese, Nina. Tu madre recibirá mi dinero, y ella, siendo madre, sería más justa que tú. Sabría que no es una limosna, sabría que no merezco… ¡Adiós!

Pálida, fulgurantes los ojos, acariciándose la dolorida mejilla, Nina Basil vió alejarse a paso apresurado al periodista.

CAPÍTULO IX

Hacía ya más de una hora que Ned Carleton, sentado en el «Georgia», no se había movido de su asiento junto al ventanal.

Se limitaba a hacer la señal de fácil entendimiento, y el camarero traía lo mismo. Un vermut. Repitió la señal siete veces.

A las doce en punto, Ned Carleton pagó y fué al teléfono.

Marcó los números correspondientes al despacho de Cavalier.

—¿Comisario Cavalier?

—Yo mismo.

—Carleton otra vez. No encuentro a Dulac.

—Yo lo he encontrado. Venga y le daré un buen reportaje.

Diez minutos después, entraba Carleton en el despacho del comisario, que estaba firmando una hoja que le presentaba un agente.

—Bien, retírese. No, un momento. Ahora que recuerdo, el señor Carleton tiene licencia de armas, pero olvida la ley que le impide entrar en dependencias policíacas armado, sin ser del cuerpo. Tenga la bondad de darle su pistola al agente Carrier, que luego se la devolverá.

—¿Cómo no, cómo no? Tome, Carrier, y espero que sabrá que lo que dispara es el tubo, y que se coge por lo redondo, llamado culata.

El agente cogió la pistola, retirándose.

—Párete usted muy eufórico, Carleton.

—Siete vermuts. Ni uno más ni uno menos.

—La búsqueda de Dulac le obligó a beber. Yo lo encontré. Bien, tengo que ajustarme a la verdad. Me avisaron y fui a una bodega, en cuyo altillo estaba Guy Dulac.

—Se defendería como un jabalí, supongo. La lástima es que no le

hincó el colmillo.

—No podía. Estaba muerto.

—¿Ataque cardíaco al verle?

—Había una navaja barbera en el suelo.

—¿Suicidio al verse acorralado?

—El forense ya ha dictado su informe, de acuerdo con mi tesis. ¿Quién podía tener interés en matar a Dulac?

—¿No se ha suicidado?

—Le abrieron la garganta mientras dormía. Era la prueba que me faltaba. Le seguí, Carleton. Y me precio de ser mejor que todos mis seguidores. Primero a Freddy, después a Crowley, al que le aconsejó que me telefoneara. Usted me ha tomado a mí por un policía de esos peliculeros o de las novelas policíacas, que no aciertan una.

—El forense acertó que Dulac estaba muerto desde mucho antes de esta mañana a las once.

—Le abrieron el cuello hacia las once y sólo a usted dejó entrar Crowley.

—¿Por qué iba yo a degollar a Dulac?

—Usted con Dulac combinó las muertes de Dupont y Trenton. Y luego estimó preferible cerrar la boca de Dulac.

—No sea absurdo, Cavalier.

—Trate de no serlo usted. Vendrá ahora conmigo a otro despacho de los sótanos. Si contesta bien, mejor. Si contesta en falso, no sabe cuanto sentiré recurrir a medios violentos.

—Un momento, un momento… Estoy ya despejado. Puedo contestarle aquí mismo.

—Mire a la puerta —dijo Cavalier, dejando de pulsar el timbre.

Había dos agentes esperando… Seleccionados por su musculatura.

—¡Comisario, sépalo ya de una vez! Señor comisario, usted querrá averiguar la verdad, comisario. Tan pronto usted o uno de esos mocetones me toque en mala forma, le firmo todo lo que quiera. Que no sólo he matado a Dupont, a Trenton y a Dulac, sino que además guillotiné a Luis XVI. ¿Es esto lo que quiere que firme?

—Salvo lo de Luis XVI, éstos son los delitos de que le acuso, en complicidad con Dulac.

—Reflexione un momento en que mientras moría Dupont, yo

estaba con Nina Basil, que puede atestiguarlo.

—Y mientras, Dulac actuaba. Muy listo. Y seguramente, si Dulac viviera diría que mientras moría Trenton, él estaba también acompañado por testigo fidedigno. Trucos muy gastados, Carleton. Llévenselo, sin tocarle el pelo. Sean respetuosos con el señor periodista.

Los dos agentes avanzaron, y se puso en pie Carleton. El comisario añadió:

—Ivette Dulac reconoce que usted esta mañana fué a verla para avisarla de que yo sabía que Guy andaba por la ciudad.

—Es mentira de ella… o de usted.

—Acusar de mentiroso a un funcionario en el ejercicio de su misión es peligroso, Carleton. Pero para desmentir la mala fama que me achaca, contemporizaré. ¿Niega haber visitado a Ivette esta mañana a las ocho y media?

—Usted me esperaba a la puerta.

—¿Niega haber visitado a Freddy y a Crowley?

—Demostración de que ignoraba dónde se alojaba Dulac.

—Que no tenía por qué revelarle su escondite, ni a usted le interesaba que le vieran allí, Crowley jura y perjura que vió vivo a Dulac, hasta que usted le llamó. ¿Lo niega?

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Entro aquí negando haber visto a Dulac. ¿Lo niega?

—¡No! ¡No lo niego!

—Entonces, en vista de su buena conducta, no negará tampoco la versión de los hechos. Usted, según declaración del ayudante fiscal Garnach, goza de plena confianza de Ivette. Ésta le dice que su hermano está en la ciudad. Usted conoce los bajos fondos como su bolsillo. Se entrevista con Dulac, meditando que la generosa y espontánea entrega de cinco mil dólares por parte de Ivette la comprometerá en su día. Sabedor de que heredará de Dupont, le propone a Dulac el medio de ganarse una gran cantidad, lo cual seduce a Dulac. El matará a Dupont, y usted a Trenton, «para dar morcilla». Ha rubricado matando a Dulac esta misma mañana, confiando en que Crowley se creería que hasta le hacía un favor, callándose el haber…

—¡Basta! Sólo contestaré ante el juez Irving.

—Llévenselo…, por los pelos si opone resistencia. Todo tiene un

límite, Carleton.

Ned Carleton, exasperado, saltó hacia delante, pero era atentamente acechado por los dos agentes. Forcejeó, y tardaron en colocarle las esposas, llevándoselo casi a rastras.



Los agentes lleváronse a Ned Carleton casi a rastras

Cavalier eligió meticulosamente una de las plumas, y escribió:

> «Como ultimación de este atestado, al presentarle las primeras pruebas en su contra al sospechoso Ned Carleton, éste intentó abalanzarse sobre mí, teniendo que ser reducido a la fuerza por los agentes testigos Arthur Donlevy y Trevor Garrier, ante los que reconoció y admitió los primeros cargos».

Arrojó la pluma para abrir un cajón. Sacó un par de guantes de piel marrón, que tenían el aditamento de unas pequeñas plaquitas protectoras de los nudillos.

Se los colocó en el bolsillo, al ponerse en pie. Por fin, «podía pegar y duro, a favor de la ley».

* * *

Ned Carleton, desprovisto de su corbata, del cinto y de los cordones de sus zapatos, volvió a sentarse en el único escabel empotrado en el suelo de baldosas, de aquella sala cuya puerta era una reja.

Hacía ya dos horas que estaba esperando desde que, quitándole las esposas, los dos agentes que le habían traído se fueron.

¿Alargaba voluntariamente Cavalier el lapso de espera, refocilándose? Una frialdad calmosa había invadido a Carleton después de su arrebato.

Comprendía ya que si se dejaba llevar por una personal antipatía, sólo agravaría su situación.

Cavalier sabía sacar provecho de las jugadas favorables, y todo le favorecía en aquella partida.

Del mismo modo que ningún policía podía rivalizar con un periodista en una sala de redacción, tampoco un periodista hubiera tenido que cometer el error de suponerse superior a un astuto profesional de la investigación más o menos artera.

Miró hacía la cancela, en la que un funcionario manipulaba para después, abriéndola, ceder paso al comisario Cavalier.

—Déjenos solos. Le llamaré si le necesito.

Ned Carleton prefirió ponerse en pie, no por respeto, sino porque así le parecía ser menos «interrogado». Robert Cavalier

mostró los agudos incisivos en sarcástica mueca.

—Espero, en nuestro mutuo beneficio, que se habrá usted calmado, Carleton.

—Así es.

—Lo celebro. Hay facetas en mi profesión algo desagradables Me reprochan no tener la menor compasión para una clase de delincuentes: los que matan por lucro. Les dejo en paz si contestan adecuadamente. De otro modo me obligan ellos mismos a recurrir a un argumento poco adecuado entre personas bien educadas.

Del bolsillo de su chaqueta sobresalían las punteras de los guantes.

—Usted no puede alegar ignorancia de las leyes, Carleton.

—Ni usted, comisario.

—En efecto. Ambos, pues, somos respetuosos con la letra muerta cuyo espíritu no ignoramos. No puede ser objeto de mal trato aquel delincuente que conteste con sincero reconocimiento de su culpabilidad. Espero que no le habrán quitado la estilográfica. ¿Tiene la bondad de leer esta declaración y firmarla? ¿Quiere que se la lea?

—Le quedaría sumamente reconocido.

Robert Cavalier se atusó el bigote mientras empegaba a leer el folio mecanografiado:

> «El abajo firmante, sin coacción y por entera y libre disposición de su ánimo y voluntad, admite y se reconoce culpable de los siguientes desacatos:
>
> »1.º Sostener una privada conversación con Ivette Dulac, principal encartada e instigadora en las muertes premeditadas de Dudley Dupont, su amante, y Edgar Trenton.
>
> »2.º Sabedor e informado por la autoridad competente de que las señoritas Nina Basil y Joan Lorraine eran citadas oficialmente para dar cuenta de su actividad entre una y tres de la madrugada, fué a visitarlas, influyendo en sus ánimos para elaborar una coartada en dichas horas, que a su vez proporcionaba al firmante una explicación de su posible actividad en

el mismo tiempo en que halló la muerte el abogado Trenton.

»3.º Habiendo sido informado de que era requerido por las autoridades y se hallaba bajo sospecha el notorio delincuente, licenciado de presidio, Guy Dulac, hermano de la instigadora de las dos muertes precitadas, fué a conseguir información sobre el paradero de éste, obteniéndola del camarero Freddy Hunt.

»4.º Se hizo cómplice de un delito de encubrimiento al no comunicar el paradero de Guy Dulac.

»5.º Trató de obtener del detenido y encartado Jackie Crowley, complicidad y en cubrimiento para que el antedicho ocultara su permanencia en la habitación donde fué hallado muerto Guy Dulac.

»6.º Permaneció completamente a solas con el asesinado Guy Dulac, un lapso de tiempo que el detenido y encartado Jackie Crowley puntualiza no menor de cinco minutos ni mayor de diez.

»7.º Invitado por la autoridad a informar si había dado con el paradero de Guy Dulac, lo negó rotundamente, fingiendo absoluta ignorancia, y al ser apremiado para que reconociera los anteriores atestados, intentó agredir al comisario que le interrogaba.

»Hechos que han de pasar a la jurisdicción competente para su estudio y calificación».

Robert Cavalier colocó el folio mecanografiado sobre el taburete. Miró fríamente al periodista.

—Le he tolerado muchas libertades de lenguaje, Carleton, en pro a su idiosincrasia y oficio. Consiento en concederle un margen de tolerancia. ¿Hay en cualquiera de los siete puntos que le he leído, y que puede estudiar, la menor falsedad por mi parte?

—En pro a mi idiosincrasia, y siendo universal mi renombre de

tarambana ecuánime, he de reconocer que sabe usted poner los puntos sobre las «íes». Antes de firmar, ¿es desacato a la Ley, e incurriré en punto octavo, si me permito interrogar a un funcionario en el ejercicio de su autoridad?

—Interrogue.

—Del segundo punto, acerca de mi privada conversación con las señoritas Basil y Lorraine, ¿cómo se ha enterado?

—Libre testimonio de la señorita Lorraine después de consultar con su señor padre.

—No andaba yo descaminado cuando le indiqué a ella que la ayudase su papaíto. Bien, comisario, usted gana. Me ha empapelado limpiamente.

Se inclinó Carleton y rasqueó su firma por tres veces, comentando:

—Tengo esta costumbre cuando no quiero que se dude de la autenticidad de mi firma.

—Espero no estará pensando alegar ante el juez que le nombren, que ha sido usted coaccionado.

—El juez se dará cuenta al contemplarme de que no he sido coaccionado, por la sencilla razón, comisario, que si empieza usted a pegar, trataré de cocear, y tendrán que darme muy de firme… Me horripila que me maltraten, soy muy sensible, ¿sabe?

—Por esto mismo no tengo que calzarme los guantes. Usted no es un obtuso y vulgar maleante.

—Casi he de admitir que no se ha ensañado conmigo, comisario. Podía sugerir con mayor fuerza, que yo era el autor de la muerte de Dulac.

—No incurro en falsedades, pese a su mala opinión. Interrogué a fondo a Crowley, y he obtenido ya la subsiguiente declaración de un individuo llamado Carruthers. Era uno de los que, en Florida, delató Dulac. Logró evadirse hace unos meses, con una idea fija. Está entre rejas, convicto y confeso de haber degollado a Dulac.

—Vaya, ya tengo un crimen menos sobre la conciencia. ¿Y considerará antijurídico si me atrevo a inquirir cómo usted, tan mesurado, tan comedido, anota en el punto primero, como instigadora y principal encartada, a Ivette Dulac?

—Bajo el camastro donde halló la muerte Dulac, había un curioso instrumento fácilmente transportable, muy ingenioso, y

calificado por los peritos, asombrados, como instrumento causante de los guillotinamientos de Dupont y Trenton. Cabía en una cartera de documentos.

—Entendido. Ha muerto, pues, el asesino de Dupont y Trenton.

—Llega usted demasiado alocada y precipitadamente a falsas consecuencias. Me he limitado a asegurar que bajo el camastro de Dulac fué hallado el ingenioso instrumento de muerte.

—Ya… Y yo estuve cinco minutos como mínimo a solas con el cadáver de Dulac.

—Yo estuve a solas con él más tiempo. Pudo también otra persona hallarse en las mismas favorables circunstancias. Le van a trasladar a una celda de comisaría en espera de ser interrogado por el juez que le abrirá expediente. ¿Desea algo especial y que la Ley consienta?

—Felicitarle.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Es usted más inteligente que yo.

—No es mucho elogio.

El comisario Cavalier abandonó la sala, y poco después dos agentes acompañaban al sujeto a expediente a una celda de la misma comisaría.

Ned Carleton fué servido en su petición de cuartillas y tinta de estilográfica. También se atendió su demanda de cubierto a la carta de la cantina, con una cortapisa: cerveza como única bebida, además de cuanta agua pidiera.

CAPÍTULO X

Al octavo día de prisión, Ned Carleton estaba ya harto de sus conatos de poemas inacabados y reunidos bajo el título común de:

«Hastío invade mi alma elevada».

Había intentado todos los remedios contra la incomunicación. Hacer gimnasia, entablar monólogos con un invisible interlocutor, dirigir una invisible orquesta donde su garganta imitaba los diversos instrumentos…

Acogió con sumo agrado la invitación a pasar a la sala de jueces, donde halló al juez Irving en compañía del fiscal Caddox.

—Buenos días, Carleton. ¿Se encuentra bien?

—Desde que le contemplo, sí, señor Irving. Tampoco me descontenta su presencia, señor Caddox.

—Fui yo mismo quien hice prorrogar por tres veces el plazo legal de su incomunicación, Carleton. Cuando nos informó el comisario Cavalier de su extraña actitud, atentatoria al elemental civismo, alegó el comisario un móvil, plausible como defensa, pero que le puede acarrear graves disgustos, Carleton.

—Peor que en la cárcel, ya no sé dónde puedo estar, señor Irving.

—En el primer momento, había sospechas contra usted, a las que contribuyó usted mismo, con su comportamiento. ¿Lo admite?

—Sí, señor.

—Privadamente, el comisario Cavalier nos dijo que usted sospechaba de él.

—¿En qué se basaba?

—Usted mismo, cuando él le informó de que había encontrado

muerto a Dulac, insinuó la posibilidad del suicidio, con intención sofística, mi joven amigo.

—Sí, y me sorprendió un poco que Cavalier no aprovechara aquella magnífica ocasión.

—No debe persistir en ofender a Cavalier.

—¿Es que acaso es una hija de María?

—Vamos, vamos, Carleton —intervino Caddox—. Trate de comportarse de acuerdo con su inteligencia, y no al impulso de su cinismo.

—Yo no acuso a Cavalier de haberme coaccionado ni de haber tergiversado los famosos siete puntos que firmé muy libremente, reconociendo con ello que fui un espantoso cretino al sentirme policía… Ya en otra ocasión me sentí sabueso… y fué el origen de todos mis males. Pero, vayamos al agradable motivo de su presencia, señores.

—Ivette ha reconocido que pagó a su hermano cinco mil dólares para que diera muerte a Dupont.

—Una venganza femenina que me asombra en Ivette. La supuse más calculadora. Señores, no somos nadie. El que mejor conoce a las mujeres, es aquel que se aparta de ellas.

—No es, pues, su caso, mi joven amigo. Ivette Dulac niega terminantemente que tuviera el menor motivo de resentimiento contra Trenton, pero es discutible. Fué el mismo instrumento el que causó la muerte a nuestros amigos. Y se encontró en la habitación de Dulac.

—¿Niega ser ella la autora de las plaquitas de madera?

—También, pero es discutible.

—Si reconoce una cosa, ¿por qué no admitir las otras? Es ilógico…, aunque, según mi abuelo pedirle a una mujer lógica es como rogar a un caballo que escriba a máquina. Le es imposible.

—Hable usted, Caddox.

—De los atestados levantados por el comisario, he formado los siguientes grupos, con fundados motivos de inducción al crimen… No se moleste si está usted incluido en uno de los grupos.

—Mientras incluya en otro a Cavalier, me conformo —rió Carleton.

—Esta actitud no le favorece, Carleton —reprochó el fiscal.

—Tanto me da estar favorecido o no. Escuchen, señores… He

llegado a varias conclusiones, pero una es descorazonadora. Es mucho más importante de lo que creía comportarse de acuerdo con las normas sociales del buen vivir. Se me incluye entre sospechosos… porque tengo un pasado de mujeriego, informal y cínicamente sincero. O sea, que el refrán «cobra fama y échate a dormir»… tiene por compañero el de: «Cuando dejes de cabalgar, te ladrarán».

—Sus imbecilidades, Ned —comentó apenado el juez Irving—, le han colocado en mala postura. Yo puedo comprender que usted, para matar el aburrimiento en su celda, y poseyendo un extraño sentido del humor, recurra a diversiones estúpidas para el que mire desde fuera, pero da lugar a que en su expediente se incluya una nota del celador en jefe, insinuando que se prepara usted el examen psiquiátrico.

—Ya. ¿Que me hago el loco, para evitarme la horca, no? Simpático, el celador jefe. Yo nunca estaré loco, porque ya nací con esta divina cualidad, en su grado transitable y no manicomiable. Adelante, fiscal. Dígame ya al grupo que pertenezco.

Sin mirar su libreta, Homer Caddox especificó:

—La íntima actitud que usted adoptó ante mi ayudante Garnach, en el departamento de Ivette Dulac, hace presumible una posible participación con los hermanos Dulac de la muerte de Dupont.

—Entendido. Yo he heredado, «ergo» tenemos el móvil. O sea que yo, atizando la hoguera insospechada del amor de Ivette por René Basil, conseguí heredar. Una cosa solamente, juez Irving: ¿usted me cree capaz de asesinar tan cobardemente para obtener la mitad de una empresa periodística?

—Personalmente, no, Ned.

—Ya me basta. Adelante, fiscal.

—Ivette Dulac niega que usted tuviera la menor participación en su entrega de cinco mil dólares a su hermano Guy.

—Bien. Algo es algo, y ya establecida mi roñosa tacañería al no hacer siquiera partícipe en unos dólares sobre mi futura herencia a Guy Dulac, ¿qué es lo que no niega Ivette?

—Afirma que usted le aconsejó callarse ante el comisario Cavalier su odio hacia Dupont.

—Esto me pasa por ser galantemente quijotesco. Adelante.

—Niega rotundamente conocer el arma de que se sirvió el autor

material de las muertes de Dupont y Trenton.

—Voy viendo… Un arma ingeniosa. Y yo soy reputado extremadamente ingenioso en urdir tortuosidades y bellaquerías. O sea que en este grupo de los Dulac en que estoy incluido, yo tengo que ser el inventor de la guillotina portátil.

Homer Caddox miró interrogante al periodista, que al durar el silencio manifestó:

—Niego rotundamente conocer el arma de que se sirvió el autor material de las muertes de Dupont y Trenton. Es más, tengo ansiedad y frenesí por saber en qué consiste este instrumento.

—Secreto del sumario. Conoce ya su situación, Carretón. Se basa en deducciones no fundamentadas en pruebas concluyentes, sino en actos cuya más benévola calificación puede estatuirse como «imprudencias» atentatorias al buen ejercicio de la ley.

—De acuerdo. Veamos el otro grupo.

—En su atestado, el comisario muy imparcialmente deja especificado que pudo Ivette pagar con intención de instigar al asesinato, lo cual no significa forzosamente que Guy Dulac, una vez en poder de los cinco mil dólares, cumpliera con su macabro compromiso.

—¿No encontraron bajo su camastro el instrumenta de marras?

—Especifica el comisario Cavalier, que la presencia en la habitación ocupada por Dulac de una lámpara, no significa que él fuera su propietario, ni que la encendiera.

—Es indudable que Cavalier es ingenioso. Más que yo mismo.

—Pudieron, pues, otras personas valerse del conocimiento que tenían de la confabulación entre los Dulac para matar a Dupont. Es el caso del segundo grupo: los Basil.

—Me lo figuraba.

—Raymond, el único criado, es devoto hasta el fanatismo a los Basil. La muerte del pobre Trenton queda comprendida en un móvil con el grupo Basil. Influyó la máxima esperanza en ellos. Llegó imprudentemente a declarar a la señora Doris que contaba con el indulto del gobernador. Y para el orgullo de los Basil, era un escarnio que Nina hubiera aceptado ser esposa del que después había de reconocer que no cumplió su promesa.

—¿Qué dice a todo esto Raymond?

—Se obstina en negar.

—Como yo. Y así nos vemos.

—Él no está encarcelado, Carleton. El tercer grupo incluye la señora Dupont, su ama de llaves y el mayordomo. Móvil: los celos en ella, el provecho en los dos criados fieles a la señora Dupont.

—Es triste que ni aún después de muerto, quede en paz Dud. ¿Es que eran un crimen sus entrevistas con Ivette? Le señora Dupont es vanidosa, áspera, y se necesitaba toda la paciencia del pobre Dud para no arrojarla desde la ventana de la alcoba. Es una señora a la que con placer obligaría yo a tomarse unas vacaciones en una isla de las empleadas para los experimentos atómicos, el mismo día del experimento. Pero, señores, ya que tienen la bondad de resumirme las personas sospechosas, eliminen a la señora Dupont. Tiene menos ingenio que una gallina clueca, y su ama de llaves es una retrasada mental. El mayordomo no lo sería, si fuera ingenioso.

—Queda un cuarto grupo, sin denominación, que incluye a todos los posibles perjudicados por campañas editoriales de Dupont, y malos asesoramientos del abogado Trenton.

—Por orden de méritos, yo voy en cabeza, al alimón con Ivette. Y esto es lo grave.

—Ya era hora de que razonara, Carleton. Que comprenda la gravedad de su situación.

—No, no… Si a lo que yo me refería en cuanto a gravedad, es que si el principal sospechoso soy yo, van a quedar impunes las muertes de Dudley Dupont y Edgar Trenton. No ponga cara de reproche, Caddox. No estoy hablando en mi defensa, sino porque me apena ver que de sus cuatro grupos, el más sólido es el formado por el cuarto, éste que comprende desde una hasta el infinito de personas sin nombre que colocarlas. Por mi parte, y sabedor de que no he inventado la guillotina portable ni instigué a Dulac a comprobar si funcionaba a gusto del consumidor, trazo una cruz como inservible al primer grupo. Queda el segundo. Usted es abogado, ¿no, fiscal?

—Sabe usted sobradamente que ambas carreras son inherentes.

—Entonces, en la Universidad le darían a estudiar eso que llaman Psicología, que pretende vanidosamente llegar al conocimiento del alma humana.

—De acuerdo, Ned —intervino el juez Irving—. Tanto la señora Doris como Nina no emplearían a un asesino profesional ni a un

criado. Actuarían personalmente.

—Eso es.

—Pero se da el caso de que el instrumento mortal no requiere fuerza física. Lo puede transportar y manejar el más endeble de los seres humanos. No excluye, pues, la Psicología a las Basil.

—Nina estaba conmigo cuando murió Dupont, y estaba con la simpatiquísima Joan Lorraine cuando murió Trenton.

—Queda, pues, la señora Doris Basil. El motivo de que le hayamos visitado, Carleton, y le puntualicemos el estado de las pesquisas, se debe a que, según Cavalier, usted tiene sus propias ideas sobre el autor de las muertes de Dupont y Trenton.

—¡Vaya si las tengo!...

—Dígalas.

—Ha de estar presente Cavalier.

—Como usted quiera —dijo Caddox, levantándose y yendo a la puerta, que abrió para salir.

El juez Irving se acarició la barbilla.

—Muchacho, ¿me admite un consejo?

—De usted, veneno me tomo, juez.

—No acuse sin pruebas a Cavalier.

—Gracias, juez Irving. Usted es una buena persona, y es lástima que esta rara enfermedad que usted padece...

—¿Cuál?

—La bondad. Digo que es lástima que esta rara enfermedad no sea contagiosa.

Entraren Caddox y el comisario, que fué a estrechar la diestra de Irving.

Giró sobre sus tacones para mirar al periodista.

—¿Sigue usted bien, Carleton?

—Vamos tirando, que ya es mucho decir en estos calamitosos tiempos.

—Al parecer, ha requerido usted mi presencia.

—Eso es. Hénos aquí reunidos los cuatro supervivientes de aquella cena de cuervos. Si yo, principal sospechoso, me envié una amenaza, también pudo hacerlo usted, Caddox, o usted, juez Irving..., y usted, comisario Cavalier. ¿O es calumnia?

—No lo es. Siga —invitó Cavalier.

—El principal punto de apoyo para el funcionamiento de la

guillotina portátil es que soy ingenioso. ¿Es calumnia considerarle más ingenioso que yo, comisario?

—No es halagador, pero no es calumnia. Siga.

—Me consideran conocedor del hampa. También usted, comisario.

—En efecto. Forma parte de mi labor.

—Si yo pude entrevistarme con Dulac, era porque conocía su paradero.

—No le hacía falta entrevistarse con él. Le bastaba sostener privada conversación con Ivette.

—Exacto. Pero usted también sabía que Dulac merodeaba por la ciudad, ¿no, comisario?

—En efecto.

—Mi móvil fué heredar. O sea que me benefició la muerte de Dudley Dupont, y la de Trenton era «morcilla». Su afán de ser imparcial, Cavalier, ¿le ha hecho decir a estos dos caballeros que, basándonos en beneficios, para usted no era una «morcilla». Trenton?

—No.

—Y considerando que ésta es una reunión de peritos, que barajan grupos de sospechosos, y figurando yo en el primer grupo, ¿por qué no le encasqueta al comisario el quinto grupo, Caddox?

—Es su derecho aportar indicios, Carleton —dijo amablemente Cavalier.

—Va uno. Yo estuve cinco minutos o diez con el cadáver de Dulac y tuve acceso, por lo tanto, a su camastro. ¿Cuántos minutos estuvo usted a solas con el cadáver o con Dulac en vida?

—La pregunta es insidiosa, Carleton —dijo Caddox.

—No estamos en la sala de audiencia, fiscal. Si vierten insidias contra mí, si me echan barro, también tengo derecho a hacer pelotitas y tirárselas a cualquiera.

—Estuve aproximadamente unos tres minutos a solas con el cadáver de Guy Dulac.

—Ya nos vamos igualando en algunos puntos, comisario. Su gentileza me emociona. Yo heredé… y cobraré si no voy a la horca. Su cargo está bien retribuido, ¿no, comisario?

—No tengo quejas.

—Si lo pierde, y es procesado y expulsado, le coge un poco viejo

para iniciar otra profesión, ¿no, Cavalier?

—En efecto. Hasta ahora el señor Carleton se atiene a la más rigurosa exactitud.

—Bien Admiro su estoicismo, Cavalier. La lástima es que no tengo la menor prueba rotunda para demostrar que se benefició de las muertes de Dupont y Trenton…

—¡Carleton! —exclamó el juez Irving—. Acaba usted de injuriar al comisario.

—Él y yo estamos ya acostumbrados a este juego, ¿verdad, Cavalier? Mi única prueba de que el comisario se beneficia con la muerte de Dupont y Trenton y puedo presentarla por una elemental razón. Han muerto Dupont y Trenton.

—No es inteligible esto —dijo Caddox severamente.

—Dupont tenía la sagrada manía de querer bucear en las vidas públicas de los prohombres o de los que ocupaban altos cargos. Le encantaba desenmascarar a Tartufos. Llamaba así a los que fingían ser probos funcionarios y se valían de sus puestos para enriquecerse o abusar. Me dijo, en presencia de Trenton, que tan pronto acabara de reunir ciertas pruebas, iniciaría una campaña en petición de la destitución y procesamiento del comisario aquí presente. Pero ya digo que no existe nada escrito, ni puedo desgraciadamente aportar el testimonio verbal de Dud y Trenton.

—Carece de validez su alegato, Carleton —y esta vez ya no era cordial el tono del juez Irving, que levantándose añadió—: Puede usted acusar de mendacidad injuriosa a Carleton, comisario.

Robert Cavalier sonrió melosamente:

—No pienso hacerlo.

—La magnanimidad de Cavalier es abrumadora, señores.

—Más de lo que supone, Carleton. En definitiva, soy tan ecuánime, que admito que los extravíos antilegales del expedientado obedecen a que sinceramente me juzgó capaz de desear, por el medio que fuera, el silencio de Dupont y Trenton. Y como es verdad que Dupont y Trenton iban a iniciar una campaña contra mí, pidiendo mi procesamiento y destitución, he aquí la razón por la que no puedo, honestamente, acusar de mendaz ni injurioso a este expedientado.

Ned Carleton fué aún más elocuente en su asombro que el juez y el fiscal.

Permaneció boquiabierto, contemplando como si viera a un fenómeno al comisario, que acababa de reconocer un grave motivo que le hacía sospechoso.

—Pudo usted callarse, comisario —dijo atónito Carleton, tras el enojoso silencio—. Sólo lo sabíamos Dupont, Trenton y yo.

—Lo sabía yo también. Me lo dijo el propio Trenton precisamente el mismo día precedente al que halló la muerte en circunstancias aun no puestas del todo en claro.

El juez Irving recobró su habitual precisión y entereza.

—Ha sido desconcertante su actitud, comisario. Con el testimonio de Caddox, le informo de que iré ahora mismo a hablar con el gobernador, refiriéndome concretamente a la campaña que se proponían hacer Dupont y Trenton y que no iniciaron debido a que la muerte truncó su propósito. Tendré que especificar también que usted lo admitió espontáneamente, sin recurrir al fácil medio que le brindaba la declaración de un sospechoso y la muerte de los dos que iban a ser sus acusadores. Repito…, ha sido desconcertante. Buenos días, Carleton. Hasta pronto, Cavalier.

—Siempre su admirador, juez Irving —saludó Cavalier.

El fiscal siguió tras los pasos de Irving.

Ned Carleton se rascó la sien.

—Le creí tortuoso, Cavalier, pero no tanto. ¿Es que no se da cuenta que ahora el gobernador va a iniciar un expediente contra usted? El mismo Irving le brindaba el medio de quedar honorablemente. Yo era un mendaz sospechoso, pleno de rencor, calumniado…

—Amigo mío, y ni lo es ni lo soy de usted. Hace mucho tiempo que le hubiera roto los huesos si lo creyera un ruin y mezquino difamador. Reconozco que he tenido que dominarme mucho, cuando le veía husmear en mis pesquisas. Pero no hay mal que por bien no venga… Usted, sin saberlo, y al mentar las campañas de Dupont, que se asesoraba jurídicamente en Trenton, me dio la pista. Sé ya quién los asesinó.

—¿Yo?

—Usted es un mortificante sujeto que se complica la existencia con sus majaderías. No pasa de esto. Un majadero.

—¿Elogio o me tengo que enojar? Si me elimina, ¿piensa en la señora Basil?

—Es toda una señora. Los cínicos como usted y yo, por la misma razón que lo somos al acumular desilusiones, sabemos al instante reconocer a una señora. Muy blancas son las manos de Doris Basil para mancillarse en humanas miserias.

—Oiga Cavalier. Tras el milagro de su confesión, se ha producido otro. Repentinamente he verificado la operación de quitar un cincuenta por ciento en la columna de antipatía que le profeso.

—Esta noche, estaré en condiciones de traer a casa del juez Irving al criminal. Segunda cena de cuervos. Usted asistirá.

—¿Esposado y con dos invitados provistos de porras?

—Me produce verdadero dolor anunciarle que, considerando que sus acciones delictivas iban encaminadas a demostrar mi culpabilidad, está sobre la mesa del gobernador un privado informe de solicitud de libertad y sobreseimiento del expediente abierto contra usted. Creo que lo firmará a la hora acostumbrada. A última hora de la tarde.

—Es una lástima que siga considerándole poco favorablemente, señor comisario, porque también a la vez me produce verdadero dolor declarar que ha actuado usted con mucha ecuanimidad conmigo. Tenía usted la sartén por el mango.

—No frío nunca sardinillas. Ande, regrese a su habitación gratuita.

—Comisario Cavalier, soy una sardinilla, de acuerdo, y además navegando en negro mar. Usted me da libertad, usted admite mi acusación, usted… Mire, no quiero subirme por las paredes. ¡Al diablo con usted, Cavalier!

—En su ingrata compañía, me resultará menos quemante.

Ned Carleton se reprochó lo que experimentaba al ingresar de nuevo en su celda.

Era como si un embalse de rencor contra un innegable «abusón» se vaciara súbitamente…

CAPÍTULO XI

El juez Irving miró de nuevo cordialmente al que entraba en el amplio salón, en que se hallaban ya el fiscal Caddox y el comisario Cavalier.

—Buenas noches, señores. Libre como un pájaro. Acaban de darme la blanca cartulina, y en el taxi que me ha traído aquí he tratado de aclararme el seso, sin conseguirlo. Supongo, pues, que no hay remedio conocido contra mi poco entendimiento. ¿A qué obedece su invitación juez Irving?

—El comisario Cavalier se lo aclarará a su debido tiempo. Yo aporto la premisa de que era esencial, según el comisario, que estuviéramos aquí reunidos, porque el asesino ha de llamar a esta puerta.

El gesto de Irving señalando a través del umbral del salón hacia el vestíbulo y la puerta invisible, impresionó a Carleton, que sentándose insinuó:

—Debo estar debilitado, pero confieso que estoy algo nervioso. ¿Se traga a modo en esta casa, o vamos a estar en ayunas esperando… al de la guillotina portátil?

—Cenaremos tan pronto nos avise mi cocinera. Tiene a su alcance aperitivos, tabaco y ceniceros, Ned. Me alegra que, según se desprende de su presencia, esté usted descartado de toda acción judicial.

—Pero acépteme un consejo, Carleton —dijo Caddox—. Cuando efectúe pesquisas no induzca a falsos testimonios. Le puede perjudicar.

—Por suerte hallé a un ecuánime comisario. Y hablando de todo un poco. ¿Cuándo le meten en chirona, Cavalier?

—No sea estúpido, Ned. Aunque lo haya dicho con humorismo,

y esté expedientado el comisario, sigue en su cargo, mientras no se le releve. Le recomiendo el licor verde, Cavalier. Es destilación de hierbas, efectuada por mi cocinera, y sabe a néctar.

—Gracias, juez Irving. Usted siempre tan imparcial.

Reinó un breve silencio. Nerviosamente lo quebró Carleton:

—Échenme, si me pongo tonto, pero eso de estar esperando que llamen a la puerta… y sin saber siquiera si quien llame llevará esta vez un cañón…, ni por qué ha de venir… ¡Hombre! Todavía no sé cuál era la manufactura de la guillotina portátil cuyo «¡cuic!» oyeron la señora Dupont y lacayos.

—El ruido metálico que oyeron no se debía al tajo actuando como supuse en un principio —explicó Cavalier, con las piernas cruzadas y haciendo una pausa para paladear otro sorbo del licor verde—. Excelente licor casero, juez Irving… El choque metálico se debía al retroceso del disco guillotinador, al chocar contra el parapeto que protegía a quien lo disparaba.

—Enterados —rió Carleton agudamente.

Temía que quien llamase a la puerta atraído por ignoradas artes del comisario desconcertante, fuera… Nina Basil.

—Una pequeña ballesta con dos guías elásticas que al soltarse el tensor de retención, o gatillo, acompañaban en su rápido viaje al disco cortador. De ahí la fuerza decapitadora. El disco impulsado giraba vertiginosamente, acentuada su velocidad por la acción de las correas clásticas que giraban en la ranura bordeando su disco extremadamente afilado. No quedaba huella del arma arrojada, porque regresaba a la ballesta, no hiriendo al que la manejaba porque una plancha metálica paraba el veloz retroceso del disco cortador. ¿Ha comprendido ahora, Carleton?

—Es ingenioso, no cabe duda. Si la prensa lo publica, va a haber epidemia de suegras decapitadas. Tirar con ballesta no requiere la puntería de una pistola. Y por esto pudieron decapitar a Trenton, por la claraboya. Y no dejar huellas, ni llamar la atención por la calle. La chapa parapeto podía llevarse bajo el abrigo… La ballesta, en la cartera de documentos, en un bolso… ¡Caramba! ¡Han llamado!

—Han llamado —asintió Cavalier, encendiendo un cigarro.

Se oyeron los pasos de una mujer y el rumor de la puerta al abrirse, Ned Carleton se cogió el pie derecho porque, cruzadas las

piernas, quería detener el nervioso tic de su pie chutando al aire.

Unos pasos femeninos se acercaban, delatados por el taconeo…

En el umbral apareció la criada, llevando una bandeja. Se dirigió hacia el juez Irving, que cogió la carta sobre la bandeja.

—El señor Garnach, miembro de la Fiscalía, espera la respuesta, señor.

—Es para usted, Caddox —dijo Irving tendiendo la carta.

—¡Caramba! Esta gente de curia no puede descansar nunca —murmuró Carleton, aliviado.

—Con permiso, señores.

—Homer Caddox rasgó el sobre y leyó una cuartilla que envolvía otro sobre:

> «Señor Caddox: Acaba de llegar a mis manos el adjunto sobre, traído por un botones de "Mensajerías Rápidas". Siento molestarle, pero he atendido a la mención del adjunto sobre».

* * *

El adjunto sobre, lacrado, llevaba en letras grandes y rojas:

> «Personal y urgentísimo al señor Homer Caddox».

Rompió los sellos y leyó. Antes de terminar se puso en pie, diciendo:

—Señores, excúsenme unos instantes. Tengo que dar unas instrucciones a mi ayudante, y confío en que sabrá resolverlo sin obligarme a ausentarme.

—¿Asunto muy urgente, Caddox? —inquirió Irving.

—Referente a una investigación sobre fondos estatales. Una denuncia anónima, pero que parece digna de ser estudiada. Espero regresar, pero es preferible que empiecen a cenar si tardo un poco.

Salió el fiscal y comentó Irving:

—Un trabajo agobiador el que pesa sobre Caddox. Un

momento…

Y el juez miró repentinamente alarmado a Cavalier.

—¿Y si se tratara de un ardid del asesino para atraer a Caddox fuera de esta casa?

—Rotundamente, no, juez Irving. Se lo afirmo —dijo sonriente Cavalier.

—No obstante, no estaría de más ser prudentes hasta que no tenga en su poder al asesino, Cavalier. No es reproche a los métodos policiales, pero…

Saltó en pie Carleton. El disparo, aunque sordo y no cercano, era perfectamente audible.

—¡Cavalier! ¿Es que no ha oído? —bramó casi el periodista.

—Perfectamente. No soy sordo.

—¡Han disparado… en la calle…!

Robert, Cavalier siguió sentado, mientras Irving se precipitaba fuera del salón.

—¡Cavalier! ¿Se da cuenta de que han disparado… y puede ser Caddox la víctima?

—En efecto, es Caddox la víctima. ¿Y qué?

—¡Ay, Dios! ¿Se le ha subido a la sesera el licor casero?

—Tomaré otra copita. Es excelente.

El juez Irving reapareció. Le temblaban los labios… Llevaba en la mano los dos sobres y su contenido. Miró a Cavalier.

—Ha muerto —dijo, sentándose.

—¿Quién, maldita sea? —inquirió impetuosamente Carleton, disponiéndose a salir.

—Homer Caddox.

—Su ayudante y la policía se hacen cargo del cadáver Carleton. Siéntese, que pronto vamos a cenar.

—¿A cenar? Usted tendrá apetito, pero a mí se me ha cortado. ¿Conque iba a venir el asesino, no? Vaya si vino… Y se queda usted ahí, tan campante. Oiga…

—Es usted el que debe oír —dijo aun lívido el juez Irving—. Caddox atendió a la indicación de esta carta.

La cosió ávidamente Carleton y leyó:

«Entre sus muchos cargos figura el de administrador de la Oficina Reguladora de Suministros

> Agrícolas, cuyos libros revisó Edgar Trenton por su cargo de miembro de dicha Oficina. Terminada su revisión, puso el visto bueno, pero el mismo día se entrevistaba con Dupont, en su casa. La señora Dupont oyó frases sueltas, sin sentido. Me las repitió ayer, y para mí tuvieron sentido. Me temo que antes de terminar la cena de cuervos, vendrán a detenerle. Yo, en su lugar, evitaría a su amigo Irving la penosa tarea de condenarle a la horca. ¿Es preciso que firme?».

Carleton miró a Cavalier.

—¿Usted…?

—Yo quise ver la reacción de Caddox. Tiro más de prisa que él, supongo.

»Prefirió levantarse la tapa de los sesos. Vió el coche con dos policías esperando. Vió la extrañeza de Garnach…, informado por mí. Era preferible no desilusionar más espíritus generosos, que no gustan de ver que un hombre considerado honrado no lo es.

—Pero…

—Refinado y sibarita, Caddox tenía la ilusión de poseer un yate. Poseía numerosos diseños y revistas. La carrera de fiscal y sus cargos le daban riqueza, pero no la suficiente para su yate. Un motivo caprichoso, basé de los dos asesinatos. En otros, es la holgazanería, la pasión lasciva…

—¡Discursos después de la cena, Cavalier! —apremió Carleton.

—En la Oficina de Suministros Agrícolas, Caddox tenía libertad de contratar abonos. Nitrato de Chile, por ejemplo. El nitrato es también preciso para la fabricación de explosivos. Una consulta por radio a la compañía chilena me hizo dar con el toque final. Caddox había pedido grandes cantidades de nitrato, pero no todas llegaron a este puerto. Las pagó, pero varias toneladas fueron a otro sitio. Es difícil adquirir nitrato…

»Algunas fábricas de explosivos no tendría bastante cupo, y debió ofrecer a Caddox un pago extraordinario. Caddox pensó en su yate.

—¿Trenton?

—Revisó los libros, albaranes, comprobación de muelles,

repartos de abonos. Era durante el proceso de Basil. Estaba quemado profesionalmente viendo que le apabullaba Caddox. Ahondó su investigación y, aunque puso el visto bueno, fué a ver a Dupont. Le habló de que figuraban tantas toneladas de nitrato descargadas y que, sin embargo, él tenía noticias de cierto cable en que Caddox pedía mayores cantidades. Un cable que no figuraba en su copia reglamentaria en los libros. Dupont, y fue lo que oyó la señora Dupont, dijo textualmente: «Hay que andar con pies de plomo, Edgar. Yo haré mis pesquisas, pero con mucho tiento. Profesionalmente es inatacable Caddox». Ella había oído hablar de nitrato… No concedió importancia a aquellas frases sin sentido Estaba en su terminación el proceso Basil. Y la señora Dupont, al morir su marido, nunca pensó en nitratos ni en enemigos profesionales. Hasta que yo fui a visitarla, para que me contara las menores incidencias o frases que hubiese oído, aunque no se refirieran al proceso Basil. Ella seguía firmemente convencida de la culpabilidad de Ivette Dulac. Habló… y recordando la sugerencia de Carleton acerca de los Tartufos…, logré, en respuesta a mi cable a Chile, ver que no coincidían las toneladas embarcadas a nombre de Suministros Nueva Orleans, con las registradas en los libros.

—Caddox inventó la guillotina-ballesta.

—Tenía un taller. Su «*hobby*». Construía pequeños veleros, yates… Claro que también es generalizada la costumbre de los «*hobbys*».

—Pero ¿por qué le incitó al suicidio?

—El traficar con nitrato es considerado delito contra la seguridad del Estado. No lo ignoraba Caddox. Veinte años. Pero yo hubiera tenido que demostrar que talló las guillotinas, construyó la ballesta, la colocó bajo el camastro de Dulac… Bien, este último punto era difícil. Yo podía alegar que Carruthers, el que mató a Dulac, fué llamado desde un coche solitario que le seguía, a media mañana del mismo día en que murió Dulac. Que un hombre inidentificable, porque llevaba una bufanda en torno al rostro, le reveló el escondite de Dulac y le entregó mil dólares. A la vez, le prometió le proporcionaría el escape si colocaba bajo el camastro una simple cartera cerrada a llave. Carruthers obedeció. El hombre de la bufanda podía ser Caddox… En fin, lo era, pero había que demostrarlo. Más trabajo para mí. Y una molesta estancia en la silla

de juez para nuestro anfitrión.

—Me dispensarán… si me retiro, señores. Pero por favor quédense, y cenen.

Carleton y Cavalier no aceptaron, y se despidieron.

En la calle, Carleton dijo:

—Nunca hubiera sospechado de Caddox. Era el último en quien hubiera pensado.

—Esto es lo malo de mi profesión. Los criminales sin pasión son difíciles de hallar. Pero por suerte no existe el crimen perfecto.

—Oiga…, ahora siento haberle metido en un bollo.

—¿A mí?

—El gobernador…

—Ya puede decirle a Irving el secreto. ¿Le gusta a usted la lucha libre, Carleton?

—Sí. Pero ¿a qué viene…?

—Es sencillo. Cada luchador tiene designado su papel. El desleal, el noblote, el malo, el bueno, en fin, cada uno representa su papel. El Consejo Superior de Policía estimó que mi labor duplicaba su eficacia al correr el rumor entre el hampa de que yo era una «peste» pero me avenía a chanchullos. Gracias a ser un chanchullero, he atrapado muchos peces gordos.

—¡Caramba! Ahora tengo que pedirle excusas, sinceramente.

—¿Por qué? Si la verdad es que me gusta el chanchullo. Pero no lo repita.

—Me marcho de la ciudad. Vuelvo a Indiana.

—Es verdad que si quiere es usted rico. ¿Pero abandona el periódico?

—Sí. He decidido pedirle cien mil dólares de indemnización y cesión de mis derechos a la señora Dupont. No le soy simpático, y le parecerá barato librarse de mi cincuenta por cien en el negocio, y totalmente de mi persona.

—Le echaré de menos. ¿Con quién discutiré de ahora en adelante? Ya vendrá otro periodista a meterse en mis chanchullos. Adiós, Carleton. No nos demos la mano. Basta con que sepamos que no somos tan cínicos como parecemos.

—Adiós, comisario. Es usted un talento.

El comisario parecía irse ya, pero se volvió para decir.

—Le supuse más valiente, Ned.

—¿A qué viene? Porque usted siempre tira con bala.

—Es preferible tirar con ballesta. Me refiero a que por una vez que está enamorado, huye.

—¿Qué mil demonios sabe usted de amores ni…? ¿Yo, enamorado?

—Se olvida ya que le seguí cuando pilotaba el coche Nina. Usted le besó la mano, y después le dió un bofetón. Que me ahorquen si esto no es amor. Adiós, sardinilla.

—Adiós, tiburón.

El resto de la noche, Ned Carleton lo empleó en despedirse del barrio crapuloso.

Despertó con dolor de cabeza, pero no le impidió concretar con el notario. Y la señora Dupont accedió gustosísima en perder de vista al que podía ser medio propietario del periódico. Pagó los cien mil, en transferencia de cincuenta al Banco Nacional de Indiana y el resto en efectivo.

A las doce, Ned Carleton efectuó un viaje. Cuando el chofer del taxi paró ante la verja de la mansión Basil, le entregó un sobre voluminoso.

—Délo a quien acuda. Es para entregar a la señora Doris. No hay respuesta.

Ignorante de que entregaba cincuenta mil dólares, el chofer colocó el sobre en manos de Nina Basil.

Carleton se acurrucó en el interior, cerrando los ojos.

—¿Y ahora, señor?

—Estación del Norte, a todo gas.

El chofer condujo a todo gas, en la medida de lo permitido. En la Estación del Norte, Carleton comprobó que el tren para Indiana no salía hasta dos horas después.

Prefirió esperarlas en el interior de un compartimiento. Cuando el tren arrancó, dormitaba.

Se despertó para murmurar:

—Adiós, hermosa ciudad perversa. ¡Ojalá te pudras!

Respingó pasándose la mano por la nuca. Había bebido demasiado la noche anterior.

La mujer que acababa de llegar preguntó:

—¿Está libre el asiento delante de usted, señor?

—Eso parece, Nina. ¿Qué haces tú aquí?

—Quiero conocer Indiana.

—No seas compasiva, señorita Basil. No te apiades de mí, ni me llames caballero porque envié la limosna. Nada ha cambiado. Sigues siendo la hermana de René.

—En Nueva Orleans, sí. En Indiana, no.

—Tu madre… no se merece que… estés aquí.

—Mi madre no se merece que yo sea maniquí en Nueva Orleans. Rezará por mí, me ha dicho, al saber que yo pensaba casarme con un periodista de Indiana, riquísimo, que era el donante de los cincuenta mil dólares. Le dije que se llamaba Rex Harding.

—Harding es mi segundo apellido. No seamos sensibleros, Nina. En la próxima estación te apeas. Lo dijiste bien claro. Nunca podrás quererme.

—Han pasado nueve días desde que lo dije.

—En la próxima estación te apeas.

Pero Nina Basil se apeó en Indiana.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.